Fray Antonio Royo Marin OP

“Nada te turbe, nada te espante…”



www.traditio-op.org
TRADITIO SPIRITUALIS SACRI ORDINIS PRÆDICATORUM

AL LECTOR

Santa Teresa de Jesús nació en Ávila en la madrugada del miércoles día 28 de marzo de 1515, y murió santísimamente a las nueve de la noche del jueves 4 de octubre de 1582 en el monasterio de las carmelitas descalzas de Alba de Tormes fundado por ella misma. Tenía, pues, al morir algo más de 67 años y medio.

Al cumplirse el cuarto centenario de su preciosa muerte hemos querido contribuir con nuestra modesta aportación al homenaje de admiración y de cariño que se tributa en toda la cristiandad a la genial reformadora del Carmelo. España, la nación gloriosa que la vio nacer, ha ido a la cabeza en la organización y desarrollo de ese homenaje, que revestirá múltiples facetas y alcanzará su momento culminante con la presencia personal en los lugares teresianos del S.S. el Papa Juan Pablo II, gran enamorado de la monja andariega de Castilla.

Puestos a materializar en concreto nuestro homenaje, nos ha parecido que sería de gran utilidad para muchas almas un comentario jugoso y pormenorizado de la famosa letrilla

Nada te turbe, nada te espante... *compuesta por la misma Santa y a la que apreciaba mucho hasta el punto de llevarla como registro en su propio breviario para tenerla siempre ante sus ojos.*

Una experiencia cuatro veces secular ha puesto de manifiesto en multitud de ocasiones la extraordinaria eficacia de la famosa letrilla para devolver la paz y serenidad de espíritu a las almas atormentadas por el dolor, las enfermedades, la muerte de los seres queridos, la ingratitud de los hombres y tantas otras calamidades y tribulaciones como jalonan inevitablemente la vida del hombre sobre la tierra. El recuerdo de que «todo se pasa», que «Dios no se muda», que «la paciencia todo lo alcanza», que «quien a Dios tiene nada le falta» porque «solo Dios basta», tiene tanta fuerza y es de tan soberana eficacia para consolar a cualquier alma atribulada que, como diría la propia Santa, «sólo pido, por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que de ello le vendrá»[1].

Una vez más ponemos estas pobres páginas a los pies de la Santísima Virgen María, Reina de la paz y Consoladora de los afligidos, para que las bendiga y haga fructificar para mayor gloria de Dios y aumento de la devoción a la gran santa de Ávila.

---

[1] SANTA TERESA, *Libro de su vida,* 6, 8. La Santa escribe esas palabras a propósito de la devoción a San José, «que alcanza mucho de Dios» (*Avisos,* 65).

EL TEXTO TERESIANO

Como es sabido, el texto de la famosa letrilla de Santa Teresa es el siguiente:

Nada te turbe,
nada te espante,
todo se pasa,
Dios no se muda.
La paciencia
todo lo alcanza.
Quien a Dios tiene
nada le falta:
¡Solo Dios basta!

La autenticidad teresiana de la famosa letrilla consta críticamente con absoluta certeza. Un eminente teresianista escribe con relación a esto[1]:

«De lo que no se puede dudar lo más mínimo es de la autenticidad de la letrilla, pues sabemos que la Santa tenía y conservaba una copia de su

[1] ÁNGEL CUSTODIO VEGA, O.S.A.: *La poesía de Santa Teresa,* BAC minor (Madrid 1972), p. 108.

mano, que llevaba de registro en el breviario de su uso para recitarla con frecuencia, pues en el fondo es una oración en forma de avisos o de sentencias para pedir a Dios paciencia, resignación y conformidad con su voluntad. La Santa tuvo sobre sí muchas tormentas, persecuciones y trabajos que parecían agotarla y dar con ella en tierra, o al menos abatirla y llenarla de desconfianza, o, en todo caso, hacerla dudar y vacilar. Aunque la gran reformadora sabía todo cuanto se dice en la letrilla, cuando la recitaba se hallaba confortada y con nuevos ánimos y como serenada y llena de confianza en Dios...

En el fondo, más que una petición de gracias y fuerzas al Señor, es una exhortación a sí misma a no turbarse por nada ni por nadie, a no asustarse por las cosas adversas que nos sobrevienen, aunque parezcan espantosas y sobrehumanas; a pensar que todo en este mundo, grande o pequeño, grato o desagradable, dulce o amargo, todo se pasa como el viento y se disipa como el humo; a no creer nunca, por mucho que apriete Dios su mano y se nos esconda del alma, que Dios nos ha abandonado y dejado a merced de las olas y de la tormenta; antes, cuanto más se nos oculte, creer que está más cerca de nosotros y con nosotros como amigo, como padre y como esposo. No olvidemos que la paciencia todo lo alcanza, en la tierra y en el cielo, y que, como dice el Apóstol, nos es necesaria, porque sólo ella tiene promesa de vida eterna, y que en la paciencia poseeremos nuestras almas y lograremos el dominio y posesión de nosotros mismos».

La letrilla de la Santa ha merecido ser comentada muchas veces en prosa y en verso y

hasta ha sido puesta en música para ser cantada, lo cual indica su gran influencia en las almas piadosas. Alguna de las glosas poéticas ha sido atribuida por algunos críticos a la propia Santa, pero su autenticidad no ha podido ser demostrada plenamente. De todas formas, la recogemos a continuación por ser muy bella y no desdecir en nada de la mística inspiración de la sublime reformadora del Carmelo. Dice así:

Eleva el pensamiento,
Al cielo sube,
Por nada te acongojes,
Nada te turbe.

A Jesucristo sigue
Con pecho grande,
Y, venga lo que venga,
Nada te espante.

¿Ves la gloria del mundo?
Es gloria vana;
Nada tiene de estable,
Todo se pasa.

Aspira a lo celeste
Que siempre dura;
Fiel y rico en promesas
Dios no se muda.

Ámala cual merece
Bondad inmensa,
Pero no hay amor fino
Sin *la paciencia.*

Confianza y fe viva
Mantenga el alma,
Que quien cree y espera
Todo lo alcanza.

Del infierno acosado
Aunque se viere,
Burlará sus furores
Quien a Dios tiene.

Vénganle desamparos,
Cruces, desgracias;
Siendo Dios su tesoro,
Nada le falta.

Id, pues, bienes del mundo,
Id, dichas vanas;
Aunque todo lo pierda,
¡Solo Dios basta!

Prescindiendo de la glosa –aunque sin perderla de vista–, nosotros vamos a comentar palabra por palabra la letrilla indiscutiblemente auténtica.

Capítulo I

NADA TE TURBE, NADA TE ESPANTE

Con estas palabras comienza Santa Teresa su famosa letrilla. En realidad encierran el pensamiento fundamental de toda ella, pues las restantes recomendaciones que formula a continuación no son sino algunas de las razones principales para conservar siempre y en todas partes la paz y tranquilidad del alma. ¿Por qué, en efecto, no debe el alma turbarse ni espantarse de nada? Sencillamente, porque «todo se pasa», porque «Dios no se muda», porque «la paciencia todo lo alcanza», porque «quien a Dios tiene nada le falta» y, sobre todo, porque «solo Dios basta».

Por eso vamos a comentar extensamente estas primeras palabras, tan simplificadoras y fundamentales, exponiendo las principales causas que pueden atormentar a las almas llenándolas de turbación y haciéndolas perder, por lo mismo, la tranquilidad y la paz.

A nuestro juicio, las principales causas perturbadoras de la paz del alma son ocho. Cuatro de ellas son de orden corporal: el *dolor,*

la *enfermedad, la muerte* y la *soledad de corazón.* Las otras cuatro son de naturaleza espiritual y se relacionan directamente con el orden sobrenatural: las *tentaciones,* el *pecado,* los *escrúpulos de conciencia* y el tremendo misterio de *la divina predestinación.* Vamos a examinarlas una por una.

I. El problema del dolor

Uno de los problemas más terribles y angustiosos que atormentan a la pobre inteligencia y al pobre corazón humano es, sin duda alguna, la existencia del mal y del dolor, en su doble aspecto físico y moral.

Es un hecho indiscutible que en el mundo existe, en proporciones aterradoras, el *mal moral,* o sea, toda clase de crímenes y de desórdenes. Y en no menor proporción existe también el *mal físico,* o sea, toda clase de sufrimientos y dolores.

Ahora bien: ¿cómo se explica la existencia de ambos males en el mundo, si todo él está regido y gobernado por la providencia amorosísima de Dios? ¿Cómo puede compaginarse la bondad de Dios, que, según nos enseña la fe, es el más amoroso de los Padres, con la cantidad inmensa de desórdenes y penalidades que afligen a la pobre humanidad salida de sus manos creadoras?

Este pavoroso problema ha torturado –repetimos– la inteligencia y el corazón de los

mayores pensadores de todas las épocas y razas. Pero, aunque en el fondo permanecerá siempre un gran misterio, puede encontrarse una solución suficientemente razonable y tranquilizadora a la luz de dos grandes dogmas del cristianismo, a saber: la existencia del pecado y la eficacia redentora del dolor[1].

Dios no hizo el dolor, ni tiene nada que ver con la aparición del mal moral en el mundo. Ambas cosas, según la divina revelación, tuvieron su origen en la transgresión original de nuestros primeros padres Adán y Eva. Dios les creó de la nada (*Gn* 1, 27) y les colocó en el paraíso terrenal, «verdadero jardín del Edén, para que lo cultivasen y guardasen» (*Gn* 2, 15), y les dotó de maravillosos dones naturales, preternaturales y sobrenaturales que deberían transmitir, por generación natural, a todos sus descendientes. Y después de una permanencia más o menos prolongada en el paraíso terrenal, habrían sido trasladados definitivamente al cielo sin pasar por el trance terrible del dolor, de la enfermedad y de la muerte. Tal fue el maravilloso plan de Dios sobre toda la humanidad según la divina revelación.

Pero todo se vino abajo con la culpable y voluntaria transgresión del precepto que, precisamente para probar su fidelidad al plan de

---

[1] Hemos examinado largamente este problema en otra de nuestras obras aparecidas en la serie BAC normal: *Dios y su obra* (Madrid 1963), págs. 600-647.

Dios, les impuso el Creador de abstenerse de comer del árbol del bien y del mal:

«Y dijo Dios al hombre: Por haber escuchado a tu mujer, comiendo del árbol del que te prohibí comer, diciéndote no comas de él: por ti será maldita la tierra; con trabajo comerás de ella todo el tiempo de tu vida; te dará espinas y abrojos, y comerás de las hierbas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella has sido tomado; ya que polvo eres y al polvo volverás» (*Gn* 3, 17-19).

Sea cual fuere la interpretación exegética de los primeros capítulos del *Génesis*, llenos de metáforas y alegorías, una cosa aparece del todo clara y transparente: la absoluta falta de responsabilidad por parte de Dios ante el problema del dolor y de la muerte. El único responsable, el único culpable es el hombre pecador. El hombre, y sólo él, es quien introdujo en el mundo el dolor y la muerte, que de ningún modo entraban en los planes primitivos de Dios con relación al género humano.

Cabe, sin embargo, preguntar por qué Dios *permitió* semejante descalabro, ya que sin la divina permisión nada absolutamente puede ocurrir en el mundo. Precisamente en esta permisión divina radica actualmente la parte de misterio que envuelve y seguirá envolviendo siempre el problema del dolor mientras vivamos en este mundo. En el cielo, se disipará por completo el misterio y comprobaremos definitivamente que «todos los caminos de Dios son misericordia y verdad» (*Sal*

24, 10) y que «los juicios de Dios se justifican por sí mismos» (*Sal* 8, 10).

Sin pretender desvelar del todo el gran misterio –cosa imposible en este mundo–, vamos a exponer las principales razones que, a la luz de la divina revelación y en el claroscuro de la fe, son lo suficientemente tranquilizadoras para justificar plenamente el «Nada te turbe, nada te espante...» ni siquiera ante el problema del dolor y de la muerte.

Expondremos ordenadamente las tres grandes finalidades que la razón humana, iluminada por la fe, descubre ante el problema del dolor: su finalidad física, moral y religiosa.

1. Finalidad física del dolor

He aquí las principales razones de la divina permisión del dolor desde el punto de vista físico:

1) *Dios permite el dolor en vista de un bien.* Dios, que ha establecido con su infinita sabiduría el orden admirable del universo, no puede vacilar en sacrificar, cuando es necesario, un bien inferior a un bien superior, el bien particular al bien general, el del individuo al de la sociedad, el bien material al espiritual, el físico al moral, el profano al religioso, el terreno al celestial. No nos creamos el centro de la humanidad, del universo o de la historia. Personalmente, somos un átomo en el espacio, «un infusorio con corbata», una aparición

fugaz en la historia, una onda del río de la vida, un simple miembro de la gran familia humana. Cierto que llevamos en nosotros mismos valores eternos. Es verdad que «un solo pensamiento del hombre vale más que todo el mundo» (San Juan de la Cruz). Es una gran verdad que «el bien sobrenatural de un solo individuo es mayor y vale más que el bien natural de todo el universo»[2]. Pero esto mismo nos recuerda que no hemos sido hechos para la tierra, sino para el cielo; no para el tiempo, sino para la eternidad. Todo lo que nos ocurre en el tiempo es un incidente trivial; poco importa sufrir ochenta años acá en la tierra si logramos gozar después en el cielo por toda la eternidad.

2) *La conservación de las fuentes del dolor es un bien mayor que su supresión.* Si Dios nos quitara la *libertad,* no podríamos pecar y nos ahorraríamos un cúmulo de sufrimientos; pero tampoco podríamos merecer el cielo. La *vida social* nos trae grandes dolores; pero ¡cuán grandes ventajas y beneficios nos proporciona también! La *naturaleza física* nos proporciona enfermedades y acabará produciéndonos la muerte; pero sin ella sería del todo imposible la vida. ¿Será razonable reprochar a Dios el habernos dado todos estos bienes sólo porque alguna vez podemos abusar de ellos o lleguen a ser peligrosos? Suprimid la libertad, la vida social y las leyes de la natu-

[2] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica,* I-II, 113, 9 ad 2.

raleza física, y desaparecerán al instante el orden y la armonía maravillosa del universo, volviendo todo a la más completa desolación y al más espantoso caos.

3) *No es admisible una continua intervención milagrosa de Dios.* Dios podría suprimir la mayor parte de nuestros dolores particulares interviniendo milagrosamente y de continuo sobre la voluntad perversa de los hombres y sobre las leyes físicas de la naturaleza. Pero esto no constituiría un bien, sino un aumento del mal para el conjunto del universo. Debería para ello cambiar la naturaleza del hombre y modificar todas las leyes de la naturaleza dictadas por su infinita sabiduría. Dios no puede rectificar nada, pues nada ha hecho que se pudiera hacer mejor. Las excepciones milagrosas, que se producen raras veces, confirman la sabiduría de sus leyes fijas. La excepción, empero, no puede convertirse en regla.

4) *El dolor físico nos trae muchísimos bienes.* Es el egoísmo quien nos impide ver la armonía del conjunto, detrás y por encima de nuestro yo. El que se lastima al caer, es difícil que sepa reconocer las grandes ventajas de la gravedad terrestre; el que ha perdido a un ser querido en una tempestad marítima, no comprenderá fácilmente que, sin tempestades, el mar sería un inmenso pantano palúdico y mortífero para toda la humanidad.

a) En la vida sensible, el dolor es un timbre de alarma que nos avisa del peligro. El hambre, la sed, el cansancio, la respiración anhelante..., todo

es providencial. En las enfermedades es el dolor el que orienta casi siempre a los médicos para su diagnóstico y curación. El mismo placer necesita paréntesis de dolor para no envilecerse y atrofiarse. La primavera es más bella y amable después de un invierno borrascoso y frío.

b) El dolor es una fuente de alegrías. La dificultad, la contradicción y la desventura nos hacen apreciar mejor las alegrías de la victoria del triunfo. El alpinista goza en la cima de la montana el fruto de la dura escalada. La victoria compensa con creces el dolor de la batalla. El soldado eleva con emoción la bandera de la patria a costa de grandes sacrificios. El hijo recobrado después de su pérdida es doblemente amado. Es inútil multiplicar los ejemplos, que podríamos poner a millares.

c) En el orden sobrenatural es inmensa la eficacia del dolor físico. «Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, permanece infecundo; pero si muere, llevará mucho fruto» (*Jn* 12, 24). Los terribles dolores de Cristo le conquistaron el título de rey de cielos y tierra (*Flp* 2, 8-11). El ejemplo de Cristo se repite en su Iglesia. Las tinieblas de las catacumbas encendieron el faro de la Iglesia que alumbra al mundo; en la arena ensangrentada del circo floreció la corona de su soberanía mundial; las persecuciones continuas a todo lo largo de la historia han agigantado esa su fuerza moral que impone respeto aun a sus más obstinados enemigos.

En nosotros mismos, el dolor es el camino de la gloria y de la grandeza. «Por la cruz a la luz». Nada grande se hace sin esfuerzo, sacrificios y renuncias. El hombre flagelado por el dolor despliega energías insospechadas. Sólo la tierra roturada es fecunda. Sólo las semillas regadas con

lágrimas dan frutos espléndidos de vida, de grandeza y de santidad.

d) El dolor, inspirador del arte. Las más bellas producciones de la literatura y del arte se han inspirado en las grandes tragedias de la vida. Las más conmovedoras poesías, las melodías más patéticas, las estatuas más expresivas (Cristos, Dolorosas...), las pinturas más sugestivas son hijas del dolor. «Sólo el dolor –ha dicho Carlyle con frase feliz– ha podido transformar en *Divina* una Comedia».

2. Finalidad moral del dolor

Las finalidades físicas del dolor no bastan. Hay que buscarle finalidades más altas. Por encima del orden físico está el orden moral de 1a virtud.

1) *Belleza de la virtud.* El mundo de hoy, materialista y grosero, no aprecia como es debido los bienes espirituales. En todo caso prefiere los de tipo intelectual a los de la virtud. Y, sin embargo, ante Dios y ante los mismos hombres no hay nada que se pueda comparar a la belleza y al valor de la virtud. Ante un Padre Damián, apóstol de los leprosos hasta contagiarse de su terrible mal, el mundo materialista y ateo no tiene más remedio que descubrirse y bajar la cabeza avergonzado.

2) *Su valor individual y social.* La virtud moral es la base y el fundamento de la vida humana, la garantía indispensable de nuestra

felicidad. La sociedad sería imposible sin la virtud. Ya no constituiría una reunión de seres civilizados que tienden a un bien común, sino una jauría de fieras desenfrenadas que se despedazarían mutuamente víctimas de sus egoísmos. Por esto todos se inclinan, de grado o por fuerza, ante la grandeza inconmensurable de la virtud heroica.

3) *Su inviolabilidad.* No hay violencia ni tiranía que nos pueda arrancar el tesoro de la virtud si nosotros no queremos. Al cuerpo se le puede hacer violencia; pero no a la voluntad, que es donde radica la virtud y la fuente de todos sus heroísmos. La virtud no tiene más que un solo enemigo: el pecado, y éste depende enteramente de nosotros.

4) *El dolor y la perfección moral.* Si la perfección moral es el bien más sublime y hermoso, y su adquisición o conservación depende enteramente de nosotros (supuesto, naturalmente, el influjo de la gracia divina), no hay esfuerzo ni dolor que no deba aceptarse con gozo para conquistarla, conservarla o aumentarla. Todo aquello que pueda ayudarnos a conseguir nuestra perfección moral y a combatir el pecado, debemos considerarlo como un gran beneficio, como uno de los factores más eficaces de nuestra felicidad.

Tal es el papel del dolor. Es un gran medio de expiación de nuestras culpas pasadas y de prevención contra las futuras, un gran medio de elevación moral.

a) El dolor expía nuestras culpas. Toda viola-

ción de la ley ha de ser expiada. La balanza de la justicia divina, desequilibrada por el pecado, ha de volver a su fiel. Y como el desequilibrio se verificó al poner en uno de sus platillos el peso de *un placer* desordenado, es forzoso que vuelva a su equilibrio por el peso de un *dolor,* que es lo contrario del placer. «Todo se paga», decía Napoleón en Santa Elena. A veces, aquella desgracia que atribuimos a la casualidad o a la mala suerte, no es sino el castigo de alguna culpa pasada, una forma inesperada de expiación. El egoísmo es castigado con el aislamiento; el abuso de la salud, con la enfermedad; los excesos de gozar, con las renuncias inevitables; los goces pecaminosos, con la negra y profunda tristeza del remordimiento.

b) El dolor purifica y sana. Así como el oro en el crisol, bajo la acción atormentadora del fuego, gime, chilla y se revuelve en convulsiones de muerte hasta que, soltándose en un supremo esfuerzo del abrazo tenaz de la escoria, corre purificado en una veta de reflejos deslumbradores. así el alma destrozada por el dolor se libera del fango de la culpa y recobra su antigua belleza y su antiguo vigor. El dolor cura y sana las heridas más rebeldes y los vicios más inveterados. Doblega y vence la violencia de las pasiones y hace más fácil el ejercicio de la virtud. Bajo su enérgica acción, el sensual se hace casto; el orgulloso, humilde; el iracundo, manso; el egoísta, generoso. ¡Cuántos hombres han encontrado el camino de su redención el día en que cayeron enfermos! Ante el culpable que sufre, se nos escapa fácilmente de los labios la dulce palabra del perdón.

El que nos visita y azota con el dolor no es, pues, un tirano que desfoga sus crueles caprichos,

sino un juez que castiga las ofensas a la majestad de la ley; un padre que castiga para corregir; un médico que nos receta medicina amarga para devolvernos la salud.

c) A los que se creen inocentes. «¿Qué delito he cometido yo para que Dios me trate así?», se atreven a decir algunos insensatos. No advierten que todos somos culpables, porque todos hemos pecado (*Rm* 5, 12). Olvidan que «si alguno dice que no ha pecado, se engaña a sí mismo y la verdad no está en él» (*1 Jn* 1, 8). Desconfiemos del hombre que se ufana demasiado de poder caminar «con la cabeza alta» sin avergonzarse de nada. Sólo Cristo pudo decir en verdad: «¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?» (*Jn* 8, 46). Todos los demás hemos de bajar la cabeza y golpearnos el pecho.

Sin embargo, es un hecho que sufren también los inocentes. Pero su sufrimiento tiene una finalidad redentora sublime; constituye para ellos su título supremo de gloria y la garantía más preciosa de una inefable recompensa. ¿Quién más inocente que Cristo? ¿Qué hombre hay que le iguale, ni siquiera que se le acerque, en la intensidad de sus terribles sufrimientos? ¿Y a quién sino a Él se le ha dado un nombre sobre todo nombre, a fin de que se arrodillen ante Él los cielos, la tierra y los abismos?» (*Flp* 2, 10).

Escuchemos a Juan Pablo II insistiendo en estas mismas ideas[3]:

«Cristo se acercó sobre todo al mundo del sufrimiento humano por el hecho de haber asumido *este sufrimiento en sí mismo.* Durante su actividad pública

[3] JUAN PABLO II, Carta apostólica *Salvifici doloris,* del 11 de febrero de 1984, n. 16.

probó no sólo la fatiga, la falta de una casa, la incomprensión incluso por parte de los más cercanos; pero sobre todo fue rodeado cada vez más herméticamente por un círculo de hostilidad y se hicieron cada vez más palpables los preparativos para quitarlo de entre los vivos. Cristo era consciente de esto y muchas veces hablaba a sus discípulos de los sufrimientos y de la muerte que le esperaban: «Subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre *será entregado* a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas que lo condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles... pero a los tres días resucitará» (*Mc* 10, 33). Cristo va hacia su pasión y muerte con toda la conciencia de la misión que ha de realizar de este modo. Precisamente por *medio de este sufrimiento suyo* hace posible «que el hombre no muera, sino que tenga la vida eterna»... Precisamente por medio de su cruz debe cumplir *la obra de la salvación*. Esta obra, en el designio del amor eterno, tiene un carácter redentor».

3. Finalidad religiosa del dolor

Por encima todavía de las finalidades morales del dolor hay que poner su suprema finalidad religiosa. Hela aquí brevemente resumida:

1) *El dolor nos retorna a Dios.*– Ésa es la finalidad amorosísima que Dios intenta con él. Cuando todo está tranquilo a nuestro alrededor, cuando todas las cosas salen a medida de nuestros deseos o caprichos, cuando el éxito viene a sonreírnos, acabamos por creer que somos dueños absolutos de nuestros destinos y que nos bastamos a nosotros mismos. Olvidando al verdadero Dios, nos fabricamos ídolos que se llaman belleza, riqueza, poder, am-

bición, placer, etc., y los adoramos como al mismo Dios. Olvidados de la realidad suprema, nos abandonamos a las ilusiones y a la pequeñez inconmensurable del mundo sensible. Es entonces cuando nuestro verdadero Padre, que está en el cielo, nos visita y azota con el dolor para despertarnos de nuestro mortal adormecimiento. Cuando se derrumban estrepitosamente los ídolos, cuando todo tiembla bajo nuestros pies, cuando todo amenaza ruina, caen de nuestros ojos las vendas del orgullo y adquirimos de nuevo la conciencia de nuestra pequeñez y fragilidad. Cuando el peligro se presenta amenazador y las ayudas y los recursos humanos nos faltan por completo o aparecen claramente insuficientes, la oración brota espontánea de los labios y del corazón y nos volvemos hacia la bondad infinita de nuestro Padre del cielo. Con las alas del dolor, el alma se remonta de nuevo a Dios.

2) *El dolor nos recuerda que esta vida no es la vida.*– Es un hecho que, cuando el mundo nos sonríe, nos olvidamos del cielo. Cuando el destierro es muy dulce, se le toma por la patria. Si el hombre no tuviera nunca nada que sufrir, se haría terreno y se olvidaría de sus destinos eternos. El dolor nos trae la nostalgia de la patria y aviva en nuestras almas el deseo del infinito.

«A la perspectiva del reino de Dios –escribe conforme a esto el papa Juan Pablo II[4]– está unida la espe-

---

[4] JUAN PABLO II, ibid. ibid., n. 22.

ranza de aquella gloria, cuyo comienzo está en la cruz de Cristo. La resurrección ha revelado esta gloria –la gloria escatológica– que en la cruz de Cristo estaba completamente ofuscada por la inmensidad del sufrimiento. Quienes participan en los sufrimientos de Cristo están también llamados, mediante sus propios sufrimientos, a tomar parte *en la gloria.* Pablo expresa esto en diversos puntos. Escribe a los Romanos: «Somos... coherederos de Cristo, supuesto que padezcamos con Él para ser con Él glorificados. Tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros» (*Rm* 8, 17-18). En la segunda Carta a los Corintios leemos: «Pues por la momentánea y ligera tribulación se nos prepara un peso eterno de gloria incalculable...» (*2 Co* 4, 17-18). El apóstol Pedro expresará esta verdad en las siguientes palabras de su primera carta: «Antes habéis de alegraros en la medida en que participáis en los padecimientos de Cristo para que en la revelación de su gloria exultéis de gozo». (*1 P* 4, 13).

3) *El dolor nos asocia a la obra redentora de Cristo.*– La obra redentora de Cristo no terminó del todo con Él. Podemos y debemos continuarla nosotros a través de los siglos. Es preciso completar, a fuerza de dolor, «lo que falta a la pasión de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia» (*Col* 1, 24). ¿No queremos sufrir un poco para salvar a nuestros parientes, a nuestros amigos, a nuestros compatriotas? ¿No sentimos en la alegría de nuestras entrañas la soberana fecundidad del dolor alumbrando hijos para el cielo? No es en modo alguno crueldad por parte de Dios asociarnos íntimamente a sus dolores redentores, sino una prueba impresionante de amor y de predilección al querer valerse de nosotros para

una empresa tan alta y sublime. Sepamos agradecerlo y besemos la mano que nos bendice con tan inefable recompensa.

Oigamos de nuevo al papa Juan Pablo II[5]: «Este descubrimiento dictó a San Pablo palabras particularmente fuertes en la Carta a los Gálatas: «Estoy crucificado con Cristo y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí. Y aunque al presente vivo en carne, vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí» (*Ga* 2, 19-20). La fe permite al autor de estas palabras conocer el amor que condujo a Cristo a la cruz. Y si amó de este modo, sufriendo y muriendo, entonces por su padecimiento y su muerte *vive en aquél al que amó así,* vive en el hombre: en Pablo. Y viviendo en él –a medida que Pablo, consciente de ello mediante la fe, responde con el amor a su amor–, Cristo *se une* a sí mismo de modo especial *al hombre,* a Pablo, *mediante la cruz.* Esta unión ha sugerido a Pablo, en la misma Carta a los Gálatas, palabras no menos fuertes: «En cuanto a mí, jamás me *gloriaré* a no ser en la *cruz* de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo» (*Ga* 6, 14).

Estas son las principales razones de índole física, moral y religiosa que la inteligencia humana iluminada por la fe descubre para justificar la permisión divina de los dolores y sufrimientos que vienen atormentando al género humano desde la terrible tragedia del pecado original. Sin desvelar del todo el misterio son lo suficientemente satisfactorias para llevar a nuestra alma la serenidad y la paz y obligarnos a exclamar una vez más: «Nada te turbe, nada te espante...», ni siquiera

---

[5] JUAN PABLO II, ibid. ibid., n. 20.

ante las espinas y punzadas del dolor en cualquiera de sus manifestaciones.

II. La enfermedad

Una de las manifestaciones del dolor que hace perder a muchas almas la tranquilidad y la paz es la enfermedad o enfermedades que se ven obligadas a sufrir. Convencidas erróneamente de que «lo principal es la salud» –como se repite con tanta frecuencia–, su pérdida más o menos prolongada les llena de turbación y de angustia, cuando no de verdadera desesperación. Se impone rectificar muchas ideas equivocadas, para dejar las cosas en el lugar que les corresponde.

1. La salud y la enfermedad

Se puede hacer buen uso de la salud y de la enfermedad, y se puede abusar de la una y de la otra.

a) La salud se recomienda suficientemente por sí misma, sin que sea necesario afirmar que facilita el trabajo manual e intelectual, hace menos penoso el cumplimiento de nuestros deberes diarios, favorece la oración y el trato con Dios, nos llena de alegría y de sano optimismo, etc., etc. Solamente cuando la perdemos caemos en la cuenta del gran tesoro que representa.

Importa mucho la salud corporal. El alma necesita del cuerpo para su propio desarrollo en este mundo: así lo dispuso el Creador. Es clásica la fórmula ideal: *mens sana in corpore sano.* El mismo Jesús se complacía en multiplicar sus milagros para devolver la salud a los enfermos. Ciertamente en el plan de Dios hay una riqueza asombrosa de recursos para que el alma pueda alcanzar las más altas cimas de la perfección humana y sobrenatural, aunque el cuerpo no goce de salud; pero ésta es, de suyo, un beneficio de Dios que debemos agradecer, conservar y fomentar por todos los medios lícitos puestos a nuestro alcance.

Sin embargo, es preciso conservar la verdadera jerarquía de valores. Si se alude exclusivamente a la salud corporal, no es exacta ni verdadera la tan repetida frase de que «la salud es lo principal». El alma vale mucho más que el cuerpo y, por lo mismo, la salud del alma vale mucho más que la salud del cuerpo. Volveremos sobre esto más abajo.

b) La enfermedad. Como ya hemos explicado al hablar del problema del dolor, la enfermedad no entraba en los planes primitivos de Dios Creador cuando colocó a nuestros primeros padres «en el jardín del Edén, para que lo cultivaran y guardasen» (*Gn* 2, 15). Fue el pecado de Adán y de Eva el que introdujo en el mundo la enfermedad y la muerte. Sin el pecado, la enfermedad no se hubiera producido jamás, en virtud de los dones maravillosos de que Dios dotó a nuestros primeros pa-

dres para que los transmitieran por vía de generación a todo el género humano.

No vayamos a pensar, sin embargo, que la enfermedad es siempre un castigo de Dios sobre el infortunado que la sufre. Puede serlo, y lo es, sin duda, muchas veces para castigo o enmienda del culpable; pero hay mil causas que pueden producirla independientemente de un designio divino, si bien nunca puede producirse sin el consentimiento de Dios, que jamás permite el mal sino para sacar mayores bienes a la corta o a la larga. Incluso hay enfermedades permitidas por Dios para manifestar su poder y su gloria, como en el caso del ciego de nacimiento curado por Jesús (*Jn* 9, 3). Otras muchas veces, la enfermedad es un verdadero beneficio y don de Dios del que proceden innumerables bienes para el propio enfermo o para la salvación de muchas almas. Volveremos en seguida sobre esto.

2. Lo obligatorio, lo permitido, lo perfecto y lo heroico

En torno a la salud y la enfermedad es necesario distinguir cuidadosamente lo que es *obligatorio,* lo que está *permitido,* lo que es *perfecto* y lo que es *heroico*. Vamos a distinguirlo con toda precisión.

a) Lo obligatorio.– El hombre tiene obligación de amar su propio cuerpo y conservar la

salud y su propia vida natural en virtud del precepto de la caridad para consigo mismo.

El cuerpo no debe amarse por sí mismo, sino por Dios, en cuanto instrumento del alma para ofrecer honor a Dios y practicar la virtud (*Rm* 6, 13-19) y como templo vivo del Espíritu Santo (*1 Co* 6, 19-20), santificado en cierto modo por la gracia (*1 Co* 3, 16-17) y capaz de la gloria eterna por redundancia de la gloria del alma (*1 Co* 15, 42-44).

El deber de conservar la vida natural prohíbe hacer nada contra la salud del cuerpo y manda emplear los medios *ordinarios* para conservar o recuperar la propia salud (por ejemplo, llamar al médico, tomar las medicinas oportunas, someterse a una operación quirúrgica ordinaria o a un determinado régimen de vida por prescripción facultativa, etc.). Pero no lo sería el empleo de medios *extraordinarios* (por ejemplo, una operación quirúrgica gravísima de dudoso resultado, abandonar la propia patria en busca de un clima más sano, hacer gastos más grandes que harían decaer notablemente el nivel social de la familia, etc.), a no ser, quizá, cuando el enfermo sea muy necesario al bien común y haya esperanza fundada de mejoría.

En este sentido, pecan gravemente contra la obligación de conservar la vida los que la abrevian notablemente por crápulas o embriagueces continuas, lujuria desenfrenada, uso de drogas o estupefacientes y otros procedimientos similares.

b) Lo permitido.– Es lícito *con grave causa* (por ejemplo, para procurarse el jornal necesario para la propia vida o la de los familiares próximos) trabajar en oficios peligrosos para la propia salud (fábricas de cemento, minas, fundición de metales tóxicos, etc.). Pero es obligatorio para las empresas, en cuanto sea posible, disminuir al máximo esos peligros (por ejemplo, abreviando las horas de trabajo, dando salarios suficientes para que puedan alimentarse bien, empleando los medios técnicos para hacer más remotos los peligros, etcétera).

Es lícito, también, por razones sobrenaturales, practicar la penitencia cristiana (ayunos voluntarios, mortificaciones corporales, etc.), pero moderadamente y sin abreviar con ello notablemente la propia vida; a no ser que tales penitencias fueran del todo necesarias para evitar el pecado y dominar las propias pasiones, cosa que ocurrirá raras veces.

c) Lo perfecto.– Sin embargo, *en plan de perfección cristiana* es lícito practicar la mortificación voluntaria, incluso muy severa, para expiar los pecados propios o ajenos o para la perfecta configuración con Jesucristo crucificado, aunque ello lleve consigo la disminución *no intentada* de nuestra vida sobre la tierra.

El mundo egoísta y sensual no entenderá jamás esta doctrina, que calificará, en su ceguera, de inhumana y cruel. Pero quien conozca el valor del sufrimiento para expiar los

pecados propios o ajenos y la sublime grandeza de la perfecta inmolación de sí mismo para configurarse plenamente con Cristo crucificado en la cumbre de la perfección, la entenderá sin esfuerzo alguno. El bien espiritual del alma vale infinitamente más que la salud y la vida corporal. San Pablo considera como una gracia muy especial la dicha de poder sufrir con Cristo (*Flp* 1, 29) a fin de configurarse con Él en sus sufrimientos y en su muerte (*Flp* 3, 10). Él mismo declara que vive crucificado con Cristo (*Ga* 2, 19) y no quiere gloriarse sino en la cruz de Jesucristo, con la que vive crucificado al mundo (*Ga* 6, 14).

Sin embargo, para que sea lícita y meritoria esta perfecta mortificación e inmolación de sí mismo, tiene que ser regulada por la prudencia cristiana. Nada puede hacerse buscando directamente abreviar la propia vida.

d) Lo heroico.– Aunque de ordinario no estemos estrictamente obligados a ello, en plan de sublime perfección y heroísmo se puede, y a veces se debe, inmolar la propia vida en aras de la caridad para con el prójimo o del bien común de los demás. Y así, por ejemplo, es lícito y altamente meritorio consagrarse por caridad al cuidado de enfermos contagiosos, aun con peligro de contraer su misma enfermedad (caso del P. Damián con los leprosos de Molokay). El párroco tiene obligación de administrar los últimos sacramentos a los enfermos apestados, aunque sea con peligro próximo de su propia vida (la vida eterna de

los enfermos vale mucho más que la propia vida temporal). El soldado puede y debe inmolar su propia vida en defensa de la patria en una guerra justa (el bien común está por encima del bien particular en el mismo orden de cosas), etc., etc.

Los santos practicaron con frecuencia este heroísmo. Santa Teresa del Niño Jesús «tenía por principio que es preciso agotar todas las fuerzas antes de quejarse. ¡Cuántas veces fue a maitines con vahídos o fuertes dolores de cabeza! «Todavía puedo andar –decía ella–; por tanto, debo cumplir con mi deber». Y gracias a esta energía, realizaba con sencillez actos heroicos»[6].

3. La enfermedad como bendición de Dios

Sobrellevada con verdadero sentido sobrenatural y por amor de Dios, la enfermedad –que de suyo es un mal– puede convertirse en una auténtica gracia y bendición de Dios. A este propósito escribe el clásico P. Rodríguez[7].

«La enfermedad, como la salud, es un don de Dios. Nos lo envía para probar nuestra virtud o corregirnos de nuestros defectos; para mostrarnos nuestra debilidad o para desengañarnos acerca de nuestro propio juicio; para desprendernos del

---

[6] SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Historia de un alma*, cap. XII.

[7] P. RODRÍGUEZ, *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas*, trat. VIII, 16.

amor a las cosas de la tierra y de los placeres sensuales, para amortiguar el ardor impetuoso y disminuir las fuerzas de la carne, nuestro mayor enemigo; para recordarnos que estamos aquí abajo en un lugar de destierro y que el cielo es nuestra verdadera patria; para procurarnos, en fin, las ventajas que se consiguen con esta prueba cuando se acepta con gratitud como un favor especial».

Por su parte el P. Saint-Jure escribe con acierto[8]:

«Bien santificada, la enfermedad constituye uno de los instantes más preciosos de la vida y, con frecuencia, en un día de enfermedad soportada cual conviene, avanzaremos más en la virtud, pagaremos más deudas a la justicia divina por nuestros pecados pasados, atesoraremos más, nos haremos más agradables a Dios, le procuraremos más gloria que en una semana o en un mes de salud. Mas si el tiempo de enfermedad es tiempo precioso para nuestra salvación, son muy pocos los que lo emplean útilmente, los que hacen producir a sus enfermedades el valor que merecen».

San Alfonso María de Ligorio insiste en estas mismas ideas, considerando la enfermedad como piedra de toque para averiguar el grado de virtud de la persona que la padece. He aquí sus propias palabras[9]:

«Por mi parte llamo al tiempo de enfermeda-

---

[8] P. SAINT-JURE, *Conocimiento y amor de N. S. Jesucristo,* 1, 3 cap. 24.

[9] SAN ALFONSO Mª DE LIGORIO. *Conformidad con la voluntad divina,* par. 5, n. 3.

des la piedra de toque de los espíritus; pues entonces es cuando se descubre lo que vale la virtud del alma. Si soporta esta prueba sin inquietud, sin deseos, obedeciendo a los médicos y a sus superiores, si se mantiene tranquila, resignada a la voluntad de Dios, es señal de que hay en ella un gran fondo de virtud. Mas ¿qué pensar de un enfermo que se queja de los pocos cuidados que de los otros recibe, de sus sufrimientos que encuentra insoportables, de la ineficacia de los remedios, de la ignorancia del médico y que llega a veces hasta murmurar contra Dios mismo, como si le tratase con demasiada dureza?».

Y en su preciosa obra *Práctica del amor a Jesucristo* escribe todavía San Alfonso María de Ligorio[10]:

«Decía San Vicente de Paúl: «Si conociésemos el precioso tesoro encerrado en las enfermedades, las recibiríamos con aquella alegría con que se reciben los más insignes beneficios». Por lo cual, hallándose el santo trabajado continuamente por tantas enfermedades que a menudo no le dejaban reposo ni de día ni de noche, lo soportaba todo con tal paz y serenidad de rostro, sin la más mínima queja, que se diría no padecía mal alguno.

¡Ah, y cómo edifica el enfermo que sufre la enfermedad con el rostro sereno de un San Francisco de Sales, el cual en sus enfermedades se limitaba a exponer sencillamente al médico su mal, tomaba con escrupulosa exactitud los remedios que le recetaba, por desabridos que fuesen, y luego

---

[10] San Alfonso Mª de Ligorio. *Práctica del amor a Jesucristo,* c. 14.

quedaba en paz, sin lamentarse de lo que padecía! ¡De cuán diversa manera obran los imperfectos que, por cualquier malecillo que padecen, andan siempre lamentándose con todos y quisieran que todos, familiares y amigos, los rodearan compadeciendo sus males!».

Santa Teresa exhortaba a sus monjas diciéndoles cariñosamente: «Sabed sufrir un poquito por amor de Dios, sin que lo sepan todos»[11]. Y en otro lugar escribe la insigne reformadora del Carmelo[12]:

«Como soy tan enferma, hasta que me determiné en no hacer caso del cuerpo ni de la salud, siempre estuve atada, sin valer nada; y ahora hago bien poco, mas como quiso Dios entendiese este ardid del demonio, y cómo me ponía delante el perder la salud, decía yo: poco va en que me muera; si el descanso, no he ya menester descanso, sino cruz. Así otras cosas. Vi claro que en muy muchas, aunque yo de hecho soy harto enferma, que era tentación del demonio o flojedad mía; que después que no estoy tan mirada y regalada, tengo mucha más salud.

Como se ve, por estas y otras muchas razones que podríamos añadir, es cosa clara y evidente que la enfermedad –aunque de suyo es un mal, que sólo el pecado introdujo en el mundo contra la primitiva voluntad de Dios al crear al género humano– puede convertirse en un bien y hasta en una auténtica bendición de Dios si sabemos sobrellevarla con verdadero

---

[11] SANTA TERESA, *Camino de perfección,* 11, 3.
[12] SANTA TERESA, *Libro de su vida,* 13, 7.

espíritu sobrenatural y por amor de Dios. Por lo que está plenamente justificado decirle cariñosamente a un enfermo postrado en su lecho de dolor: «Nada te turbe, nada te espante...».

III. La muerte

¡La muerte! He aquí una palabra fatídica que llena de turbación y de espanto a la mayor parte de los seres humanos, incluso entre los que creen en la supervivencia de las almas y en un más allá lleno de felicidad y de paz. El tener que atravesar ese oscuro túnel, aunque sea para encontrarse al salir de él con la luz de la eternidad, es algo que estremece y hace temblar a la mayor parte de los hombres, sean o no creyentes.

Examinaremos el problema de la muerte desde una doble perspectiva: la relativa a la previsión de la propia muerte, y la que se refiere a la muerte de los seres queridos que llevamos en lo más íntimo y profundo de nuestro corazón.

1. La previsión de la propia muerte

No todos experimentan los mismos sentimientos ni reaccionan de idéntica manera ante el hecho inexorable de la propia muerte. Entre una verdadera y auténtica desespera-

ción y un ardiente deseo de la misma, caben muchos matices intermedios. Los principales, en orden ascendente y progresivo de perfección, son seis: desesperación, miedo, preocupación, resignación, esperanza gozosa y deseo ardiente de morir. Vamos a examinarlos brevemente uno por uno.

1. *Desesperación.*– Se comprende perfectamente que el que no cree o duda seriamente de la supervivencia de las almas después de esta vida experimente verdadero horror y desesperación ante el pensamiento de la muerte. Es la vuelta a la nada, la aniquilación definitiva, el dejar para siempre de existir. Y el apego a la existencia es tan profundo y connatural al hombre que nadie que recapacite seriamente puede dejar de estremecerse de espanto ante la perspectiva de la nada. Es la desesperación de un Sartre: «El hombre es un ser para la muerte»; el grito de angustia de Unamuno: «Es preferible el infierno antes que la nada»; la desdicha del incrédulo Anatole France al coger moribundo la mano de su secretario: «Nadie es tan infeliz como yo».

Se comprende perfectamente que a estos tales el pensamiento de la muerte inevitable les llene de desesperación y de horror. El sagrado libro de la Sabiduría advierte expresamente que «al cabo vendrán a morir sin honor y estarán con eterna infamia entre los muertos» (*Sb* 4, 19).

2. *Miedo.*– El sentimiento más común ante el pensamiento de la propia muerte es el

miedo, que a veces se convierte en verdadero pánico. Se da el caso curioso, en momentos de particular agobio, de invocar a la muerte para verse libres de las penalidades y sufrimientos de la vida; pero si después de llamarla a gritos se presenta la muerte como una realidad inminente, volveremos a agarrarnos a la vida con el desespero de un náufrago a la tabla de salvación. El gran fabulista Samaniego supo expresarlo con encantador realismo:

Entre montes por áspero camino,
tropezando con una y otra peña,
iba un viejo cargado con su leña
maldiciendo su mísero destino...
Al fin cayó, y viéndose de suerte
que apenas levantarse ya podía,
llamaba con colérica porfía
una, dos y tres veces a la Muerte.
Armada de guadaña en esqueleto
la parca se le ofrece en aquel punto...
Pero el viejo temiendo ser difunto
lleno más de terror que de respeto,
trémulo le decía y balbuciente:
Yo... señora... os llamé desesperado;
Pero... –Acaba, ¿qué quieres, desdichado?
–Que me cargues la leña solamente.

Comentando una fábula idéntica de La Fontaine escribe brillantemente el P. Víctor Van Tricht[13]:

---

[13] P. Víctor Van Tricht, *La miseria* (Bilbao 1931), pp. 5-8.

«Todos nos parecemos un poco a ese desgraciado leñador. Es nuestra historia la que ha escrito el bueno de La Fontaine. Todos, en una época más o menos avanzada de nuestra edad, nos quejamos de la vida; nos parece inclemente, dura y triste; no vemos en ella más que una larga cadena de miserias, apenas separadas por algunos anillos felices, y la arrastramos penosamente tras de nosotros.

Y, sin embargo, estamos pegados a la vida, estamos ligados a ella por todas las fibras de nuestro cuerpo, por todos los afectos de nuestra alma. «Con el dolor que la uña es arrancada de la carne –dice en cierto lugar Dante– así yo me separaré de Beatriz»; así también, y aun con desgarramiento más agudo nos separamos nosotros de la vida».

¡Tenemos miedo a morir! En realidad, no habría por qué tener miedo al hecho mismo de la muerte, aunque sí a sus posibles consecuencias. Sigamos escuchando al P. Van Tricht[14]:

«Generalmente nos formamos de la muerte un concepto muy distinto. Estamos tan acostumbrados a personificar a todo el hombre en un solo cuerpo, que le vemos aún en ese cadáver amarillento y frío, tendido ahí, en el lecho, entre los pliegues inmóviles de sus sábanas.

La muerte nos parece así un estado sordo, que se prolonga durante la vigilia funeraria, en el ataúd, bajo el negro catafalco, en la fosa y bajo los pocos pies de tierra que nos echan encima como la última cobertura de este mundo. Pero esto es falso. Aún no se habrá levantado la mano que so-

[14] *Ibid.*, pp. 21-23.

bre vuestra enfriada arteria seguirá las últimas pulsaciones de vuestro corazón; aún no habrán pronunciado los labios de los supervivientes la terrible palabra se *acabó;* aún no se habrá escapado de su pecho el primer grito de dolor, cuando ya vosotros, *vosotros mismos,* viviréis en esa vida que nunca ha de tener fin. No hay en el curso de vuestra existencia un solo momento en que ceséis de vivir... dejadme que os lo repita: no hay un solo momento en que haya de cesar vuestra vida. Hay, sí, un momento en que vuestra alma dejará aquí su despojo para remontar su vuelo hacia las regiones de allá arriba, ¡no hay más!... ¿Cuándo nos convenceremos de una vez que este despojo, que estos músculos, que estos nervios y estos huesos no constituyen todo nuestro ser?».

3. *Preocupación.*– Aun las personas más serenas y equilibradas que han logrado superar el *miedo* propiamente dicho ante la propia muerte, no pueden, sin embargo, substraerse de todo a una justa y moderada preocupación. El caso no es para menos. La muerte marca la hora decisiva de nuestra vida. En ella se decide para siempre nuestro porvenir eterno. Nadie muere más que una sola vez y, por lo mismo, nadie se salva ni se condena más que una sola vez. Hay motivo más que suficiente para verla venir con la seriedad que el caso requiere.

El hecho es que hasta los mismos incrédulos –y acaso ellos más que nadie– experimentan con frecuencia esta honda preocupación ante la perspectiva sombría de la muerte. Los incrédulos –en efecto– no tienen nunca, ni

pueden tenerlos, argumentos válidos y decisivos contra la fe. A pesar y a despecho de sus bravatas exteriores, de sus burlas y sarcasmos contra los creyentes, por dentro les roe con frecuencia las entrañas el gusanillo de la duda: «¿Y si lo hay? ¿Y si al término de mi vida terrestre me encuentro con que efectivamente existe un Dios justo que premia a los buenos y castiga a los malos eternamente?». Este interrogante angustioso, del que no logran desprenderse a pesar de todos sus esfuerzos, les persigue día y noche llenándoles de preocupación y de temor.

Mientras subsista esta preocupación y este temor no está todo perdido. Es el último cable que les tiende la misericordia de Dios para hacerles entrar dentro de sí y rectificar a tiempo, antes de que sea demasiado tarde si tienen la desdicha de traspasar el umbral de la muerte obstinados en su obcecación contra la fe.

4. *Resignación*.– La inmensa mayoría de los hombres, cualquiera que sea la religión en la que hayan nacido, creen en la existencia del más allá y en la supervivencia del alma después de la muerte. Y si tienen alguna fe, de cualquier naturaleza que sea, y si esperan de algún modo encontrarse con un Dios indulgente y misericordioso, bajan la cabeza con tristeza, pero también con resignación, ante el hecho inevitable de la muerte.

Nadie, en efecto, puede escapar a la muerte. De Adán para acá todos nacemos «condenados a morir», (*Gn* 3, 19). Nuestro genial

Jorge Manrique supo expresarlo en una estrofa inolvidable:

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar
que es el morir;
allí van los señoríos
derechos a se acabar
y consumir;
allí los ríos caudales,
allí los otros medianos
y más chicos;
y llegados, son iguales
los que viven por sus manos
y los ricos.

Resignación entristecida, pero resignación en fin de cuentas. Tal es, sin duda alguna, el sentimiento de la mayor parte de los hombres frente al hecho formidable de la muerte imposible de evitar.

5. *Esperanza gozosa.*– Otro muy distinto es el sentimiento que embarga frente a la muerte a los cristianos fervientes que viven intensamente su fe. Saben muy bien que su existencia no termina con la muerte terrena sino que se cambia en otra vida mejor e imperecedera. Se lo recuerda continuamente el maravilloso Prefacio de la misa de difuntos:

«En Cristo brilla la esperanza de nuestra feliz resurrección; y así, aunque la certeza de morir nos entristece, nos consuela la promesa de la futura inmortalidad. Porque la vida de los que en ti cree-

mos, Señor, no termina, se transforma: y, al deshacerse nuestra morada terrena, adquirimos una mansión eterna en el cielo».

¡Qué consuelo tan profundo imprimen estas palabras en el ánimo del que las vive con toda la plenitud de su fe! Nada tiene de extraño que, ante el pensamiento de la muerte, no solamente no experimenten ningún sentimiento de horror o de amargura, sino que sientan, por el contrario, embargada su alma de una gozosísima esperanza que les llena de suavidad y de paz.

Los ejemplos de esta paz y serenidad ante la muerte podrían multiplicarse por millares. Las últimas palabras del gran teólogo Francisco Suárez fueron: «Nunca hubiera creído que fuera tan dulce morir». Al acudir el P. José Pignatelli a la cabecera de su hermano Nicolás moribundo, pudo escuchar de los labios de éste radiante de alegría: «¡Oh, querido hermano, cuán dulce es morir!». El famoso orador de Nuestra Señora de París, P. Ravignan, exclamó a punto de morir: «¡Morir! ¡Qué dicha! La he deseado quizá demasiado; pero Dios sabe que, más que por dejar de sufrir, por ir a verle en el cielo». Santa Teresita del Niño Jesús moribunda contestó al médico que le preguntaba si estaba resignada para morir: «¿Resignada? Resignación se necesita para vivir; pero para morir lo que experimento es una alegría indecible». Y nuestra gran Santa Teresa de Jesús escribe en una de sus magnífi-

cas *Exclamaciones:* «¡Oh, muerte, muerte! no sé quién te teme pues está en ti la vida».

Con razón San Carlos Borromeo, habiendo encontrado un cuadro que representaba a la muerte en forma de un horrible esqueleto con la guadaña en la mano, mandó sustituirlo por otro representando a un ángel de Dios con una llave de oro en la mano abriendo las puertas del cielo.

6. *Ardiente deseo de morir.*– Pero la gozosa esperanza de que acabamos de hablar es todavía superada por los grandes santos que, no solamente no experimentan temor alguno ante la muerte, sino que, al contrario, la desean y piden a Dios con toda su alma, aunque perfectamente sometidos, en última instancia, a la voluntad de Dios, que ponen siempre por encima de todo. Sabiendo que la muerte les abrirá para siempre las puertas del cielo donde podrán amar a Dios con todas sus fuerzas sin miedo a perderle jamás, la piden y desean con increíble vehemencia, considerándola como el mejor don y regalo de Dios.

San Pablo deseaba ardientemente «morir para estar con Cristo, que es mucho mejor» (*Flp* 1, 23) y este sentimiento es común a todos los grandes santos. Iluminada su alma con los resplandores de su fe, ilustrada intensamente por los dones intelectivos del Espíritu Santo, ven con claridad meridiana la verdadera realidad de las cosas, distinguiendo perfectamente lo que *es* de lo que *no es,* lo esencial de lo accidental, lo primario de lo se-

cundario, la verdadera vida de la que sólo lo es en apariencia, las verdades eternas de las fugaces y transitorias de la tierra. Por eso su lenguaje desconcierta a los que no han llegado a esas alturas, y tienen por locura o insensatez lo que, en realidad, es el colmo de la cordura y de la sabiduría.

Escuchemos a nuestra gran Santa Teresa haciéndose intérprete de los sublimes sentimientos de las almas que han llegado a comprender que esta vida no es la vida y que, por lo mismo, desean ardientemente morir para alcanzar la verdadera vida:

Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero
que muero porque no muero.

¡Ay, qué larga es esta vida,
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
Me causa dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

Sólo con la confianza
Vivo de que he de morir,
Porque muriendo el vivir
Me asegura mi esperanza.
Muerte do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte;
Vida, no me seas molesta,
Mira que sólo te resta,
Para ganarte, perderte;
Venga ya la dulce muerte,
Venga el morir muy ligero,
Que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba,
Que es la vida verdadera,
Hasta que esta vida muera
No se goza estando viva.
Muerte, no seas esquiva;
Viva muriendo primero,
Que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida;
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte.
Mira que muero por verte
Y vivir sin Ti no puedo.
Que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya
Y lamentaré mi vida,
En tanto que detenida
Por mis pecados está.

¡Oh mi Dios! ¿Cuándo será
Cuando yo diga de vero
Que muero porque no muero?

A las almas que han logrado escalar estas alturas, ¿será menester decirles que ni siquiera ante la muerte deben experimentar la menor turbación o espanto? Es evidente que no. Pero los que no hemos escalado estas cimas supremas del espíritu, sepamos, al menos, consolarnos con las del quinto grado –esperanza gozosa– y repetir con frecuencia ante el pensamiento de la muerte: «Nada te turbe, nada te espante...».

2. La muerte de los seres queridos

Pero más que la sombría perspectiva de la muerte propia, la muerte de los seres queridos que llevamos en lo más hondo del corazón suele llenar a los hombres de indecible angustia, hasta empujarles con frecuencia a las fronteras mismas de la desesperación.

Inspirándose en la fe, en la doctrina oficial de la Iglesia, en la tradición católica y en la más segura teología cristiana escribe con acierto el P. Garriguet[15]:

«En su infinita bondad, Dios ha tenido en cuenta una de las más vivas aspiraciones del corazón humano. Este corazón tiene necesidad de experimentar que la muerte no rompe en modo alguno los sagrados lazos que la vida había creado entre ciertos seres. No puede resignarse a considerar como puramente pasajeros los sentimientos de

[15] L. GARRIGUET, *Le bon Dieu* (París 1929), p. 163 ss.

afecto, de amor y de entrega que experimentó hacia sus parientes y amigos tiernamente amados. Estos sentimientos quiere que sean eternos. Se revuelve ante el solo pensamiento de que todo esto pudiera acabar pudriéndose en el sepulcro como el propio cuerpo; que pueda llegar un día en el que ya no quede ni rastro de ellos; que los que han estado estrechamente unidos por los lazos de la sangre o de la amistad, lleguen a ser, al abandonar la tierra, como extranjeros los unos de los otros».

Creer en la supervivencia de los lazos y sentimientos legítimos establecidos en la tierra, es una necesidad de nuestra naturaleza, es Dios mismo quien la ha puesto en nosotros. Y ciertamente que no la ha puesto para dejarla insatisfecha y para hacernos sufrir. Sabemos que es demasiado bueno para que semejante pensamiento pueda presentarse en nuestro espíritu. Si ha puesto Él mismo en nosotros esa necesidad es para satisfacerla plenamente.

La muerte, entre los bienaventurados, lejos de extinguir o apagar el amor que sentían por los seres queridos que dejaron en la tierra, lo vuelve, por el contrario, más activo y compasivo. Ha llenado su alma, por decirlo así, de un cuidado más afectuoso y más atento con relación a los que conoció y amó acá en la tierra. Si nosotros pensamos en nuestros difuntos, si nuestro corazón guarda su piadoso recuerdo y continúa otorgándoles su amor, ellos también, allá arriba en los cielos, piensan en nosotros, se acuerdan de nosotros, se intere-

san por nosotros, nos siguen queriendo siempre e incluso mucho más que cuando estaban en medio de nosotros.

Aunque ya no están entre nosotros, no por eso les somos extraños. Aunque hayan entrado en la otra vida, la madre no olvida a su hijo, ni la esposa a su marido, ni el hermano al hermano. Los lazos que les unieron acá en la tierra habían sido atados por Dios mismo; la muerte los ha transformado, pero no suprimido. En el cielo se purifican los afectos humanos, pero no se ahoga ninguno de los que son nobles, santos, queridos por la Providencia.

Aunque absorbidos por Dios y perdidos en la contemplación de su divina esencia, los bienaventurados conservan el recuerdo de los años que pasaron en la tierra. La imagen de los seres queridos continúa viva en su espíritu. No se ha levantado un muro de tinieblas entre su existencia presente y la pasada. Su antigua personalidad no ha sido aniquilada, sino que ha sobrevivido a la muerte, continúa únicamente en condiciones diferentes.

«La inmensidad del cielo –ha dicho San Bernardo[16]– ensancha el corazón. Lejos de restringir el amor, le da mayor comprensión. A la luz de Dios, el recuerdo, lejos de apagarse se hace más nítido. A esta luz se aprende lo que se ignoraba, sin olvidar nada de cuanto ya se sabía».

---

[16] San Bernardo, *Sermón en el día de San Víctor* (Cfr Obras completas, BAC. Madrid 1953, vol. 1, p. 642).

Y en el sermón pronunciado ante sus religiosos con motivo de la muerte de su hermano Gerardo, exclamó el propio San Bernardo:

«No. Tu amor hacia mí no se ha extinguido sino que ha sido glorificado. Te has revestido de Dios, es verdad, pero no te has despojado del recuerdo de los tuyos, puesto que el mismo Dios se ocupa de nosotros. Te has desprendido de todo lo que era debilidad, pero no de tus sentimientos fraternales y afectuosos hacia mí. Estoy completamente cierto de que continúas llevándome en tu espíritu y en tu corazón. Y hasta me parece percibir en mis oídos tu voz inconfundible que me dice: ¿Podrá una madre olvidarse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvidare yo no te olvidaré jamás (*Is* 49, 15)».

Todo verdadero amor va acompañado de la necesidad de manifestarse, y se manifiesta por los beneficios que reparte. No se ama verdaderamente si no se experimenta el deseo de venir en ayuda de los seres queridos, de sostenerles en sus dificultades, consolarles en sus penas, socorrerles en sus necesidades. Y no podemos dudar de que este deseo lo sienten muy al vivo los bienaventurados en el cielo. Satisfacerlo, es un gozo que viene a añadirse al gozo esencial proveniente de la visión y posesión de Dios.

«Para nosotros los católicos, la posibilidad de volver a vernos en el cielo no admite ninguna sombra de duda. Negarlo sería ir contra las enseñanzas de la Iglesia y los datos de la tradición cris-

tiana. Esta seguridad de volver a encontrar en el cielo a los seres queridos que nos han precedido en la tumba es, precisamente, el argumento que emplean siempre los cristianos cuando quieren consolar a los demás en los duelos de la vida».

No sólo sobrevivirán a la muerte los sentimientos, sino también los lazos que existieron acá en la tierra. Entre esos lazos, los hay que fueron establecidos por el mismo Dios, otros fueron santificados y consagrados por la religión, otros, finalmente, fueron creados por la amistad y la gratitud. La muerte no los rompe, sino que los fija más aún, haciéndoles más estrechos y más indisolubles.

Una madre no deja nunca de ser una madre, un hijo, un hijo, un esposo, un esposo, por más que hayan abandonado la tierra. En el cielo, Jesús sigue siendo hijo de María, y María ve siempre a su esposo en José, el hombre justo que la Providencia puso junto a ella para ser el guardián de su virginidad. Los lazos que unieron durante su vida mortal a los miembros de la Sagrada Familia de Nazaret han podido modificarse en la gloria, pero de ninguna manera se han roto. Persisten más fuertes que nunca en medio del Paraíso; y el Salvador, en el cielo como en la tierra, ve en aquella que le dio el ser humano a la más santa, la más tierna, la más augusta, la más amable y la más amante de las madres. Hasta el fin de los siglos la tratará como a tal y le mantendrá todos los derechos de su divina maternidad.

De manera semejante, en medio del Paraí-

so persistirán los lazos que nos unieron a nuestros padres. La naturaleza los ha hecho imperecederos. Establecidos por el mismo Dios, son más poderosos que la muerte y durarán eternamente.

En medio de la gran familia del cielo, la pequeña familia de la tierra no se disuelve. No es absorbida hasta el punto de no existir más que en estado de elementos desunidos. Conserva una especie de autonomía, que en nada perjudica a la perfecta homogeneidad de la ciudad celeste. Disgregada acá en la tierra por los golpes que le asestó la muerte, se va reconstruyendo allá arriba a medida que sus miembros van entrando en la gloria. Separados aquí abajo durante algún tiempo, vuelven a reunirse ante Dios y pueden, con inmensa alegría, verse, reconocerse y amarse.

Ante esta soberana perspectiva que nos aguarda en la ciudad de los bienaventurados, ¿será demasiado pedir a los que lloran la muerte de un ser querido que dejen de afligirse «como los que no tienen esperanza»? Evidentemente también a ellos puede aplicarse en toda su fuerza las tan consoladoras palabras de la famosa letrilla teresiana: «Nada te turbe, nada te espante...».

IV. La soledad del corazón

La muerte de los seres queridos, además del doloroso desgarro que en sí misma pro-

duce, lleva consigo con frecuencia otra dolorosa y acaso más terrible desventura: la *soledad del corazón,* mil veces más penosa que la del triste y abandonado náufrago en su isla solitaria.

No siempre la muerte de un ser querido produce este inmenso vacío en toda su descarnada realidad. Con frecuencia la muerte del padre, de la madre, del hijo amado queda en cierto modo compensada por una mayor intensificación del mutuo cariño que se profesan espontáneamente los seres queridos que permanecen todavía en el hogar. Es un hecho comprobado mil veces por la experiencia diaria. Diríase que el afecto entrañable que teníamos depositado en el ser querido que se fue, se traspasa íntegramente a los que permanecen todavía a nuestro lado, suavizando nuestra amargura y nuestro dolor.

Pero a veces ocurre que ya no queda nadie a nuestro lado para poderle transmitir ese amor que enardecía dentro de nuestro corazón ante el último ser querido que se fue. Entonces se produce la verdadera *soledad del corazón,* la terrible congoja del que ya no puede confiar a nadie el inmenso vacío que se ha producido en los más íntimos repliegues de su ser.

Vamos a examinar brevemente cada una de estas dos posibilidades.

1. Cuando muere uno de los dos

Aludiendo a la terrible soledad que la muerte del esposo o de la esposa querida produce en el cónyuge superviviente, escribe José María Cabodevilla[17]:

Es un golpe duro. Es un golpe asestado en la médula del alma. Cuando dos esposos se quieren de veras, la muerte de uno de ellos representa para el superviviente la pena más atroz. Supone, humanamente, la pérdida del significado de todo cuanto traía entre manos. Nada tiene ya sentido. Trabajar ¿para qué? ¿Para quién? ¿Para quién vivir? La misma vida aparece dimidiada, vacía, desprovista de toda razón de ser. Es una vida que no llega a vida. *Elle à demivivante ot moi mort à demi,* confiesa Booz en el inolvidable poema de Víctor Hugo:

Ya hace tiempo que aquella con quien he vivido
abandonó mi casa, Señor, por la tuya.
Pero aún estamos mezclados el uno al otro, ella
está medio viva y yo muerto a medias.

Pero ¿nada tiene ya sentido?

Todo sigue teniendo sentido, incluso el amor para el cual la muerte sólo ha significado una anécdota más...

Cuando un esposo muere, nada está perdido. El compañero que sobrevive puede continuar dando a su vida un alto sentido, el mismo sentido que poseía la antigua convivencia: hacer feliz a otro.

---

[17] José María Cabodevilla, *Hombre y mujer,* BAC (Madrid 1960), p. 357 y ss.

Puedes, ahora que ha muerto el ser que más querías, emplearte a fondo en su servicio. Él espera, desde el otro mundo, tu ayuda preciosa para mejorar su situación, para pasar a la bienaventuranza. Y cuando tus sufragios –que no se reducen a una serie de obras pías, sino que abarcan tu conducta entera, cuyos méritos, por la excelencia del gran cuerpo místico, pueden ser a él provechosos en grado sumo– ya no le reporten utilidad directa ninguna porque ha alcanzado ya su puesto inmodificable y gozoso a la diestra del Padre, aún entonces no será indiferente a tus buenos oficios: puedes con ellos, si mediante ellos te encomiendas a su potente y muy concreta intercesión, procurarle la alegría de serle útil. La alegría también de comprobar que su recuerdo inclina tu espíritu a una mayor piedad, a un mayor desasimiento, a una aceptación más generosa».

2. La soledad total

Hemos de añadir unas palabras para hacernos cargo de una soledad todavía más profunda y terrible que la que experimenta uno de los cónyuges cuando se produce la muerte del otro, o cuando el hermano llora inconsolable la muerte de su único hermano. Es la soledad total y definitiva del que no tiene absolutamente a nadie en este mundo que pueda consolarle o acompañarle en su dolor. Ha desaparecido el *último* ser querido que le amaba y ha quedado completa y absolutamente solo en este mundo. No tiene ni siquiera el apoyo

de un verdadero amigo. Nadie absolutamente se acuerda ni se interesa por él. Allá está, en un rincón olvidado de un asilo, viendo cómo todos reciben alguna visita en días determinados, sin que jamás se acerque a él ningún ser humano a decirle unas palabras de consuelo.

Es la orfandad total, absoluta, definitiva, sin ninguna esperanza por muy remota que sea. ¡Ésta sí que es la verdadera *soledad de corazón!*

Escuchemos al P. Van Tricht exponiendo esta tragedia y señalando el único remedio que puede mitigarla e incluso hacerla desaparecer del todo[18]:

«Resta la pobreza de amor, la *soledad de corazón,* ese dolor verdaderamente punzante de un alma que, volviendo los ojos en derredor suyo, ve por todas partes pasar la multitud indiferente de los hombres, y entre todas aquellas caras desconocidas, busca en vano la mirada cariñosa y la vigilante sonrisa de un amigo. Creo que hay pocos dolores comparables a este dolor cuando hiere a un hombre. Ciertamente no es el dolor agudo y penetrante que experimenta el corazón ante una catástrofe repentina, o el cuerpo al ser herido por el acero. No. Es un dolor sordo que encoge el corazón, que le oprime y le aplasta, pero lentamente, sin sacudidas y sin choques; cierta cosa así como la sensación de un desgraciado sobre quien pesara cada vez más la losa que cubre su tumba...

Hay en la vida horas bien duras y bien amargas en que nos sentimos invadidos por esa soledad del

---

[18] *O. c.,* pp. 68-72.

alma, como se ve el cielo a veces invadido por una repentina cabalgada de negros nubarrones. Se nos escapa un corazón –el único que acaso nos quedaba– y parece que con él ha huido toda la felicidad de nuestra alma para siempre; no vemos ya nada en el mundo que pueda llenar aquel enorme vacío, nada que pueda restañar la sangre de aquella profunda herida... ¡Solo, solo!... ¡Y para siempre!...

¡Hermanos que sufrís, seguidme! Haced girar sobre sus goznes de bronce la vieja puerta de nuestros templos. ¡Mirad! En esas profundidades sombrías, entre esas negras columnas, pendiente de la bóveda se balancea una lámpara, y su luz rojiza, dando de lleno sobre una puertecita dorada, despide reflejos pálidos y cambiantes... Allí, dentro del estrecho recinto cerrado por esa puertecita, reposa un Corazón que late por vosotros, un Corazón que os ama, que os ama hasta morir por vosotros... ¿Por qué lo ignoráis? Y si lo sabéis, ¿por qué lo olvidáis? Escuchad bien, en ese profundo silencio y en esa oscura noche os llama; "¡Hijos míos que sufrís, venid a mí!... ¿Puede una madre olvidarse de su hijo? Pues si ella pudiera olvidarse, yo al menos no me he olvidado y no me olvidaré de vosotros. ¡Oh! ¡cuántas veces, cuántas veces os he invitado a cobijaros bajo mis alas, como bajo las de la gallina se cobijan los polluelos, y no habéis venido! ¡Venid, pues! Yo haré correr las aguas de la paz sobre vuestra alma; beberéis la dulce leche de mis consolaciones; como una madre acaricia a su hijo, así os acariciaré yo; yo os llevaré sobre mis rodillas, entre mis brazos, como una madre".

¿Lo oís? ¿Estáis solos cuando os aguarda ese Corazón? Su amor es dulce, es fuerte, es fiel. Todo otro amor es vano, todo otro es impotente, todo otro es pasajero. ¡ Acudid, pues, a Él! Tomad con

ambas manos vuestro corazón desangrado y desgarrado, llevádselo allá, colocadlo sobre sus rodillas, entre sus brazos, introducídselo en su propio Corazón, haced que se cobije bajo él, como un pajarillo que tirita se esconde entre las ahuecadas plumas de su madre. Los hombres no saben amar. ¡Vosotros veréis cómo ama Él!».

V. Las tentaciones

Otra de las causas que suelen atormentar a las almas –sobre todo si tratan de llevar una vida auténticamente cristiana y en marcha hacia la perfección– son las tentaciones, a veces violentas, que experimentan continuamente en contra de su voluntad. La lucha incesante para combatirlas las llena muchas veces de turbación y de angustia.

Es preciso examinar con algún entendimiento este punto importante, para llegar a la conclusión de que ni siquiera con relación a las más violentas tentaciones ha de perder jamás el alma la tranquilidad y la paz: «Nada te turbe, nada te espante...». Con la oración confiada y humilde, la victoria está plenamente asegurada: «Dios es fiel y no permitirá que seamos tentados sobre nuestras fuerzas» (*1 Co* 10, 13).

1. La tentación y sus causas

En el sentido moral que aquí nos interesa, la tentación no es otra cosa que una solici-

tación al mal, o sea, a cometer un pecado. Procede casi siempre de uno de los tres grandes enemigos de nuestra alma: el mundo, el demonio y la propia carne, en la forma que vamos a exponer. Otras veces procede de una permisión divina, para nuestro mayor bien.

a) El mundo.– Entendemos por tal ese ambiente anticristiano, superficial y frívolo que se respira entre las gentes que viven completamente olvidadas de Dios. Su vida son las diversiones, las fiestas, los placeres pecaminosos. En directa oposición a las bienaventuranzas evangélicas, el mundo exalta las riquezas, la violencia, el fraude y el engaño puestos al servicio del propio egoísmo, la libertad omnímoda para entregarse a toda clase de excesos y pecados. El mundo se burla de la vida de piedad, se mofa de la delicadeza de conciencia en los negocios, se rebela contra la sumisión y obediencia de la juventud, asalta con sus escándalos y malos ejemplos a los que tratan de oponerse a sus falsas máximas y a sus principios perversos. Con razón dice el evangelista San Juan que el mundo está como sumergido en el mal y bajo el poder de Satanás: «El mundo todo está bajo el maligno» (*1 Jn* 5, 19).

b) El demonio.– El oficio propio del demonio es tentar. Conoce bien nuestra naturaleza inclinada al pecado y tiene medios poderosos para agitarla. Cuenta con muchos satélites en el mundo, y los alienta, los organiza, los lanza al asedio de nuestra fortaleza llevado de la

envidia contra el hombre y de su orgullo contra Dios. San Pedro nos advierte que el demonio es «como un león enfurecido, que anda dando vueltas buscando a quién devorar» (*1 P* 5, 8).

No hay una norma fija o señal clara para distinguir cuándo la tentación procede del demonio o de otras causas. Sin embargo, cuando la tentación es repentina, violenta y tenaz; cuando no se ha puesto ninguna causa próxima ni remota que pueda producirla; cuando pone profunda turbación en el alma o sugiere el deseo de cosas maravillosas o espectaculares, o incita a desconfiar de los superiores o a no comunicar nada de cuanto ocurre al director espiritual, bien puede verse en todo eso una intervención más o menos directa del demonio.

c) La propia carne.– Entendemos por tal la propia concupiscencia que, aunque de suyo no es todavía pecado, «viene del pecado y al pecado inclina». Viene del pecado porque, en el estado de justicia original, las facultades sensitivas estaban sujetas a la razón por privilegio gratuito de Dios, y el pecado nos hizo perder tan admirable privilegio; y nos inclina al pecado porque de suyo no atiende a la ley moral y con frecuencia nos brinda un fruto prohibido.

d) La permisión divina.– Dios no tienta jamás a nadie incitándole al mal: «Nadie en la tentación diga: Soy tentado por Dios. Porque Dios ni puede ser tentado al mal ni tienta a

nadie. Cada uno es tentado por sus propias concupiscencias que le atraen y seducen» (*St* 1, 13-14). Pero Dios permite que seamos incitados al mal por nuestros enemigos espirituales para darnos ocasión de mayores merecimientos. Jamás permitirá que seamos tentados por encima de nuestras fuerzas: «Dios es fiel, y no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas; antes dispondrá con la tentación el éxito para que podáis resistirla» (*1 Co* 10, 13).

Son innumerables las ventajas de la tentación vencida con la gracia y ayuda de Dios. Porque humilla a Satanás, hace resplandecer la gloria de Dios, purifica nuestra alma llenándonos de humildad, arrepentimiento y confianza en el auxilio divino; nos obliga a estar siempre vigilantes y alerta, a desconfiar de nosotros mismos, esperándolo todo de Dios; a mortificar nuestros gustos y caprichos; excita a la oración; aumenta nuestra experiencia, y nos hace más circunspectos y cautos en la lucha contra nuestros enemigos. Con razón afirma el apóstol Santiago que es «bienaventurado el varón que soporta la tentación, porque probado recibirá la corona de la vida que Dios prometió a los que le aman» (*St* 1, 12).

Pero para obtener todas estas ventajas es menester adiestrarse en la lucha con el fin de obtener la victoria mediante el auxilio de Dios. Es lo que vamos a ver a continuación.

2. Conducta práctica ante las tentaciones

Para vencer las tentaciones y obtener de ellas el máximo rendimiento y provecho para nuestra vida espiritual hay que conocer y practicar la estrategia para antes de la tentación, durante ella y después de ella. Hela aquí[19]:

1° *Prevenir la tentación.*– Ya conocemos el proverbio: «más vale prevenir que curar»; y lo mismo aconseja la prudencia cristiana. Cuando el Señor llevó consigo a los tres apóstoles al huerto de Getsemaní, les dijo: «Vigilad y orad, para que no caigáis en la tentación» (*Mt* 26, 41). Vigilancia y oración son, pues, los dos medios principales para prevenir la tentación.

a) Vigilancia, o sea, permanecer alerta en torno al alma para que no sea sorprendida; porque ¡es tan fácil caer en un momento de sorpresa! Esta vigilancia implica dos disposiciones principales del alma: la *desconfianza de sí mismo* y la *confianza en Dios.*

La *desconfianza de nosotros mismos* nos hará evitar la soberbia *presunción* del que se arroja en medio de los peligros considerándose capaz de vencerlos. Éste fue el pecado de San Pedro, que, en el mismo momento en que el Señor predecía la huida de los apóstoles,

---

[19] Cfr ROYO MARÍN, *Teología de la perfección cristiana,* 5ª ed. BAC (Madrid 1968), n. 213. TANQUEREY, *Compendio de ascética y mística,* n. 911 ss.

exclamó: «Aunque todos lo hagan, yo no lo haré jamás» (*Mc* 14, 29). Tengamos, por el contrario, muy presente el sabio consejo de San Pablo: «El que cree estar en pie, mire no caiga» (*1 Co* 10, 12); porque si el espíritu está pronto la carne es flaca, y hay que desconfiar de nuestra flaqueza.

Por eso procuraremos evitar cuidadosamente las *ocasiones peligrosas:* aquella compañía, aquella diversión, etc., en la que la propia experiencia nos ha demostrado que corremos peligro de caer. Hay que huir también de la *ociosidad,* que es la madre de todos los vicios; y de cierta *malicia habitual* que debilita nuestra voluntad y la prepara para ceder en todo. Ha de vigilarse especialmente el *punto débil* del alma, porque de ese lado comenzará casi siempre el ataque. Para fortalecer ese punto vulnerable nos ayudará mucho el *examen particular,* que concentra toda nuestra atención, por bastante tiempo, en el defecto aquel, o, mejor aún, en la virtud opuesta.

b) Oración. Con la vigilancia ha de juntarse la oración que, poniendo a Dios de nuestra parte, nos hará invencibles. Verdaderamente Dios está interesado en que venzamos: contra Él van los ataques que el demonio nos dirige para destruir la obra de Dios; podemos, pues, invocarle con santa confianza, seguros de que acudirá en nuestro socorro. Cualquier oración es buena contra la tentación: vocal o mental, privada o pública, en forma de adoración o de petición. Hay que orar en los momentos de

sosiego, para el tiempo de la tentación. Cuando ésta se presente, bastará con una breve elevación del corazón para vencerla más fácilmente.

2º *Durante la tentación.*– La conducta práctica durante la tentación puede resumirse en una sola palabra: *resistir.* No basta mantener una actitud *meramente pasiva* (no consentir ni dejar de consentir) sino que es menester una resistencia *positiva.* Pero esta resistencia positiva puede ser *directa* o *indirecta.*

a) Resistencia directa es la que se enfrenta con la tentación misma y la supera haciendo precisamente lo contrario de lo que nos sugiere. Por ejemplo: empezar a hablar bien de una persona cuando nos sentíamos tentados de criticarla, dar una limosna espléndida cuando la tacañería trataba de cerrarnos la mano para una limosna corriente, prolongar la oración cuando el enemigo nos sugería acortarla o suprimirla, hacer un acto de pública manifestación de fe cuando el respeto humano trataba de atemorizarnos, etc. La resistencia directa conviene emplearla en toda clase de tentaciones, a excepción de las que se refieren a la fe o a la pureza, como vamos a ver en seguida.

b) Resistencia indirecta es la que no se enfrenta con la tentación, sino que se *aparta de ella,* distrayendo la mente a otro objeto completamente distinto. Está particularmente indicada en las tentaciones contra la fe o contra

la pureza, en las que no conviene la lucha directa, que quizá aumentaría la tentación por lo peligroso y resbaladizo de la materia. Lo mejor en estos casos es practicar rápida y enérgicamente, pero también con gran serenidad y calma, un ejercicio mental que absorba nuestras facultades internas, sobre todo la memoria y la imaginación, y las aparte indirectamente, con suavidad y sin esfuerzo, del objeto de la tentación. Por ejemplo: recorrer mentalmente la lista de nuestras amistades en tal población, los nombres de las provincias de España, el título de los libros que hemos leído sobre tal o cual asunto, los quince mejores monumentos que conocemos, etc., etc. Son variadísimos los procedimientos que podemos emplear para esta clase de resistencia indirecta, que da en la práctica positivos y excelentes resultados, sobre todo si se la practica en el momento mismo de comenzar la tentación y antes de permitir que eche raíces en el alma.

A veces la tentación no desaparece en seguida de haberla rechazado, y el demonio vuelve a la carga una y otra vez con incansable tenacidad y pertinacia. No hay que desanimarse por ello. Esa insistencia diabólica es la mejor prueba de que el alma no ha sucumbido a la tentación. Repita su repulsa una y mil veces si es preciso con gran serenidad y paz, evitando cuidadosamente el nerviosismo y la turbación. Cada nuevo asalto rechazado es un nuevo mérito contraído ante Dios y un

nuevo fortalecimiento del alma. Lejos de enflaquecerse el alma con esos asaltos continuamente rechazados, adquiere nuevas fuerzas y energías. El demonio, viendo su pérdida, acabará por dejarnos en paz, sobre todo si advierte que ni siquiera logra turbar la paz de nuestro espíritu, que acaso era la única finalidad intentada por él con esos reiterados asaltos.

3° *Después de la tentación.* Ha podido ocurrir únicamente una de estas tres cosas: que hayamos vencido, o sucumbido, o tengamos duda e incertidumbre sobre ello.

a) Si hemos vencido y estamos seguros de ello, ha sido únicamente por la ayuda eficaz de la gracia de Dios. Se impone, pues, un acto de agradecimiento sencillo y breve, acompañado de una nueva petición de auxilio divino para otras ocasiones. Todo puede reducirse a ésta o parecida invocación: «Gracias, Señor; a vos os lo debo todo; seguid ayudándome en todas las ocasiones peligrosas y tened piedad de mí».

b) Si hemos caído y no nos cabe la menor duda de ello, no nos desanimemos jamás. Acordémonos de la infinita misericordia de Dios y del recibimiento que hizo al hijo pródigo, y arrojémonos llenos de humildad y arrepentimiento en sus brazos de Padre, pidiéndole entrañablemente perdón y prometiendo con su ayuda nunca más volver a pecar. Si la caída hubiera sido grave, no nos conten-

temos con el simple acto de contrición; acudamos cuanto antes al tribunal de la penitencia y tomemos ocasión de nuestra triste experiencia para redoblar nuestras vigilancias y conseguir que nunca se vuelva a repetir. Un autor espiritual de nuestros días, J. Escrivá de Balaguer, escribe[20]:

«En este torneo de amor no deben entristecernos las caídas, ni aun las caídas graves, si acudimos a Dios con dolor y buen propósito en el sacramento de la Penitencia. El cristiano no es un maníaco coleccionista de una hoja de servicios inmaculada. Jesucristo Nuestro Señor se conmueve tanto con la inocencia y la fidelidad de Juan y, después de la caída de Pedro, se enternece con su arrepentimiento. Comprende Jesús nuestra debilidad y nos atrae hacia sí, como a través de un plano inclinado, deseando que sepamos insistir en el esfuerzo de subir un poco, día a día. Nos busca, como buscó a los dos discípulos de Emaús, saliéndoles al encuentro: como buscó a Tomás y le enseñó, e hizo que las tocara con sus dedos, las llagas abiertas en las manos y en el costado. Jesucristo siempre está esperando que volvamos a Él, precisamente porque conoce nuestra debilidad».

c) Si quedamos con duda sobre si hemos o no consentido, no nos examinemos minuciosamente y con angustia, porque tamaña imprudencia provocaría otra vez la tentación y aumentaría el peligro. Dejemos pasar un cierto tiempo, y cuando estemos del todo

[20] *Es Cristo que pasa,* n. 75. de la homilía «La lucha interior». 4-IV-1971.

tranquilos, el testimonio de la propia conciencia nos dirá con suficiente claridad si hemos caído o no. En todo caso conviene hacer un acto de perfecta contrición y manifestar al confesor, llegada su hora, lo ocurrido en la forma que esté en nuestra conciencia o, mejor aún, en la presencia misma de Dios.

En este último caso (o sea, dudas sobre el consentimiento o no) cabe todavía preguntar: «Tratándose de una persona de comunión diaria, ¿podría seguir comulgando hasta el día habitual de confesión con duda de si consintió o no en una determinada tentación?».

No se puede dar una contestación categórica y universal aplicable a todas las almas y a todos los casos posibles. El confesor juzgará teniendo en cuenta el temperamento y las disposiciones habituales del penitente y aplicando el principio moral de la presunción. Si es alma habitualmente decidida a morir antes que pecar y, por otra parte, es propensa a escrúpulos, deberá mandarle comulgar, despreciando esas dudas y limitándose a hacer un previo acto de contrición por lo que pudiera ser. Si se trata, en cambio, de un alma que suele caer fácilmente en pecado mortal, de conciencia ancha y sin escrúpulos, la presunción está contra ella: es probable que consintió en la tentación, y no debe permitirle comulgar sin recibir antes la absolución sacramental. El penitente en uno y otro caso debe atenerse con humildad a lo que le manifieste su confesor o director espiritual y obedecer sencillamente, sin contradecirle o discutir con él.

VI. EL PECADO

Pero ¿hemos de conservar la paz interior incluso ante el pecado ciertamente cometido? ¿Hemos de evitar la turbación del alma incluso cuando hayamos tenido la desgracia de quebrantar voluntariamente la ley de Dios?

Sí, sin duda alguna. La turbación, la pérdida de la paz, nada tiene que ver con el verdadero arrepentimiento; y sólo el arrepentimiento puede devolvernos la amistad y gracia de Dios. La inquietud y la turbación después de haber caído en el pecado tienen su raíz más profunda en el propio orgullo, que se siente humillado al comprobar dolorosamente la propia miseria y abyección. Escuchemos sobre esto a San Francisco de Sales[21]:

«No conviene confundirse con tristeza e inquietud, porque es la soberbia quien nos sugiere semejante confusión; nos reprocha el no ser perfectos, no tanto por motivo de amor de Dios cuanto por el amor desordenado de nosotros mismos».

Y en otro lugar escribe el santo obispo de Ginebra[22].

«El amor propio es la fuente primaria de nuestras inquietudes; la otra es la gran estima que hacemos de nosotros mismos. ¿Qué quiere decir que cuando nos sorprende alguna imperfección o pe-

[21] SAN FRANCISCO DE SALES, *Conversaciones espirituales*, II, 6, 2.

[22] *Ibid.*, 13, 29.

cado quedamos desconcertados, turbados e inquietos? Sin duda alguna es porque pensábamos ser poco menos que impecables, intrépidos, inamovibles; y, viendo después que en realidad no es así, nos irritamos, nos entristecemos y nos sentimos abatidos por habernos engañado sobre nosotros mismos. Si en vez de todo esto supiéramos bien lo que en realidad somos, en lugar de maravillarnos de vernos caídos en tierra nos maravillaríamos de cómo podamos mantenernos en pie... Nos enfada tener que reconocer y tocar con la mano nuestra miseria, nuestra nada y nuestra debilidad. Tengamos, pues, gran cuidado en no turbarnos cuando caigamos en alguna falta y no ser demasiado precipitados en afligirnos sobre nosotros mismos, pues esto es efecto de la soberbia».

Santa Teresa de Jesús expone también admirablemente esta misma doctrina hablando de la verdadera humildad. He aquí sus propias palabras[23]:

«La humildad verdadera (aunque se conoce el alma por ruin y da pena ver lo que somos y pensamos grandes encarecimientos de nuestra maldad, tan grandes como los dichos, y se sienten con verdad) no viene con alboroto, ni desasosiega el alma, ni la oscurece, ni da sequedad, antes la regala, y es todo al revés: con quietud, con suavidad, con luz; pena que, por otra parte, conforta de ver cuán grande merced la hace Dios en que tenga aquella pena y cuán bien empleada es; duélele lo que ofendió a Dios, por otra parte la ensancha su miseri-

[23] SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de su vida*, 30, 9.

cordia; tiene luz para confundirse a sí y alaba a Su Majestad porque tanto la sufrió».

¿Qué debemos hacer, pues, ante una falta o un pecado ciertamente cometido? Oigamos de nuevo a San Francisco de Sales con su estilo inimitable lleno de suavidad y dulzura[24]:

«Uno de los mejores ejercicios que podemos hacer practicando la dulzura, es el que tiene como mira nuestro propio ser, y consiste en no enojarnos nunca con nosotros mismos ni con nuestras imperfecciones; pues aunque la razón pide que si cometemos faltas nos sintamos tristes y contrariados, conviene evitar ser presa de una desazón despiadada y cruel. Por lo cual caen en grave error los que, estando encolerizados, se lamentan de haberse encolerizado, se entristecen de haberse entristecido y sienten despecho de haberse despechado. De esta forma tienen el corazón amargado y lleno de malestar; y aunque parezca que este sentimiento de cólera neutraliza al anterior, no es así, pues no es más que un tránsito para otro acceso de ella en la primera ocasión que se presente. Además, estos movimientos de cólera, malhumor y desazón contra sí mismo, son causa de orgullo y tienen su origen en el amor propio, que nos turba e inquieta al vernos tan imperfectos...

Créeme, Filotea, al igual que las reprensiones de un padre, hechas con dulzura y cordialidad, ejercen un poderoso influjo sobre el hijo a quien se quiere corregir, y más que las frases coléricas y airadas, así, cuando nuestro corazón comete al-

---

[24] SAN FRANCISCO DE SALES, *Introducción a la vida devota*, III, 9.

guna falta, si le reprendemos con palabras dulces y razonables, usando más de la compasión que de la pasión, animándole a la enmienda, el arrepentimiento que concebirá será más eficaz y sincero que si empleamos palabras ásperas y desabridas...

Eleva, pues, dulcemente tu corazón cuando caiga, humillándote delante de Dios mediante el reconocimiento de tu miseria, sin desanimarte por la caída; pues nada tiene de extraño que la debilidad sea enferma ni que el miserable esté sujeto a la miseria. Detesta con todas tus fuerzas la ofensa que Dios ha recibido de ti y, con gran ánimo y confianza en la misericordia divina, vuelve a emprender el camino de la virtud que habías abandonado.»

Ésta es la conducta sabia y prudente que debe adoptar el alma cuando tenga la desgracia de haber caído en el pecado, aunque sea grave y mortal. El arrepentimiento ha de ser rápido y profundo por la ofensa inferida a Dios; pero, al mismo tiempo, ha de ser sereno y tranquilo y hasta lleno de gozo al comprobar una vez más la propia abyección y la misericordia infinita de Dios. Haciéndolo así, los propios pecados no representarán un obstáculo insuperable en nuestro camino hacia Dios.

Es más: debemos, incluso, aprovecharnos de nuestras propias faltas y pecados para nuestro adelantamiento en la vida espiritual. Un gran maestro de la vida espiritual, el P. José Tissot, escribió un libro admirable, traducido a diversas lenguas, con el sugestivo título *Arte de aprovechar nuestras faltas, según*

San Francisco de Sales. Recogemos a continuación, brevemente resumidas, algunas de sus principales ideas que corrobora siempre con textos del santo obispo de Ginebra[25]:

«Una caída, incluso grave, no debe maravillarnos demasiado. Después de una caída no debemos permanecer sorprendidos sino levantarnos en seguida» (I, 1).

«Afligirse de los propios defectos con una aflicción tranquila y valerosa. La inquietud y la turbación provienen más que nada del orgullo. La estima exagerada de nosotros mismos es la causa de la impaciencia y turbación. Después de una caída es necesario corregir el propio corazón con dulzura y compasión» (I, 2).

«El corazón de Dios está siempre pronto para el perdón. En la lucha de la vida será vencedor el que esté siempre dispuesto a combatir. Una caída, incluso grave, no impide el progreso en la vida espiritual. El temor inspirado en nuestra debilidad debe suavizarse con una firmísima confianza en Dios. El que recurre a María Santísima no debe nunca desesperar» (I, 3).

«Valgámonos del pecado para progresar en la humildad. Es mejor el pecado acompañado de humildad, que la inocencia acompañada de soberbia. El recuerdo de nuestras culpas es un poderoso remedio contra el orgullo y aumenta nuestra gratitud por el perdón de Dios. Nos hace, además, ser

[25] Citamos por la edición italiana (Roma 1943). El número romano indica la parte, y el arábigo el capítulo. Este libro está publicado en castellano por EDICIONES PALABRA, en la Colección Cuadernos Palabra, n. 70.

comprensivos e indulgentes con las faltas de nuestros prójimos» (II, 1).

«Poder conocer y amar la propia abyección es una gracia muy grande. Amar la propia abyección es amar la verdad. El amor a la humillación nos acerca al Verbo Encarnado. Alegrarse de ser despreciados es comportarse como los Apóstoles. El alma pecadora agrada tanto más a Dios cuanto más vil se estime y juzgue» (II, 2).

«El problema del pecado se resuelve en la misericordia de Dios. Si la misericordia practicada por un simple mortal constituye para él una fuente de felicidad, ¿qué hay que decir de la misericordia infinita que sólo Dios puede practicar? Dios goza perdonando al pecador arrepentido. Cristo no vino en busca de los sanos sino de los enfermos. Por muy grandes y numerosas que sean nuestras culpas deben inducirnos siempre a esperar el perdón de Dios. La revelación del Corazón de Jesús anima al pecador a la confianza» (II, 3).

«Nuestra miseria es el trono de la divina misericordia. Una mayor miseria atrae una mayor misericordia. Por eso decía San Pablo: "Muy gustosamente me gloriaré de mis debilidades, para que habite en mí la fuerza de Cristo" (*2 Co* 12, 9). Debemos alegrarnos de proporcionar tanto material a la misericordia de Dios» (II, 4).

«La experiencia de nuestras caídas debe hacernos más prudentes, sobre todo en la huida de las ocasiones de pecado. El haber correspondido tan mal a la bondad de Dios debe excitarnos a corresponder mejor en adelante. El recuerdo de los remordimientos y sufrimientos causados por el pecado constituye una valiosa ayuda para evitarlos en lo sucesivo» (II, 5).

«La humilde confesión de nuestras culpas las

transforma en méritos ante Dios. La penitencia y la confesión vuelven al hombre infinitamente más digno de honor de cuanto el pecado le había hecho despreciable. Maravillosos efectos de la contrición de los pecados. Así como el recuerdo voluntario que aprueba y se complace de un pecado cometido constituye una nueva culpa, del mismo modo es justo que el alma en gracia adquiera un nuevo mérito cada vez que condena, llora y desaprueba sus antiguos pecados» (II, 6).

«El Salvador sabe cambiar en gracias las miserias del pecador arrepentido. Las lágrimas de la penitencia son un medio eficaz para recuperar el tiempo perdido, como ocurrió con Santa María Magdalena» (II, 7).

«La Virgen María es el áncora de salvación para todos los náufragos del pecado. Ella es el refugio de los pecadores y la esperanza de los cristianos. María ruega continuamente por la conversión de los pecadores. Nunca se ha oído decir que haya sido desamparado nadie que haya recurrido a ella (San Bernardo). Jesús, Mediador ante el Padre, ha querido asociarse a María como Mediadora ante Él mismo» (II, 8).

Con ternura y con estilo persuasivo, *Camino* nos alienta a abandonarnos en brazos de María con la confianza de un hijo[26]:

«¡Madre! –Llámala fuerte, fuerte–. Te escucha, te ve en peligro quizá, y te brinda, tu Madre Santa María, con la gracia de su Hijo, el consuelo de su regazo, la ternura de sus caricias: y te encontrarás reconfortado para la nueva lucha».

---

[26] J. Mª Escrivá de Balaguer, *Camino*, n. 516.

Por todas estas razones aparece clarísimamente que el alma cristiana no debe turbarse jamás, ni siquiera ante los pecados ciertamente cometidos; con tal, naturalmente, que se arrepienta verdaderamente de ellos y ponga toda su confianza en la infinita misericordia de Dios y en la protección de María abogada y refugio de pecadores.

VII. Los escrúpulos de conciencia

Otra de las causas que más atormentan a ciertas almas y las llenan de indecible turbación y angustia son los escrúpulos de conciencia. Vamos a examinar detenidamente este fenómeno psicológico, indicando los medios oportunos para erradicarlo del alma que lo sufre y hacerla recobrar la tranquilidad y la paz[27].

1. **Noción.–** La palabra *escrúpulos* viene del latín *scrupulus,* que significa *pedrezuela.* Se designaba con esa expresión una pesa pequeñísima que no hacía oscilar sino balanzas muy finas y sensibles, como las que se emplean en farmacia. Por extensión, se ha trasladado al terreno moral para designar un tipo de conciencia que se deja vencer por razones fútiles y sin consistencia alguna. En este sentido, puede definirse la conciencia escrupu-

[27] Cfr nuestra *Teología moral para seglares,* vol. I. 5ª ed. BAC (Madrid 1979), nn. 167-172.

losa diciendo que es *aquella* que *por insuficientes y futiles motivos cree que hay pecado donde no lo hay o que es grave lo que sólo es leve.*

Se distingue de la conciencia *delicada* en que ésta atiende a los detalles mínimos, pero con serenidad y verdad; y de la errónea, en que ésta emite un juicio falso, pero firme, mientras que la escrupulosa fluctúa continuamente sin llegar a un juicio estable.

2. **Señales.–** La conciencia escrupulosa se manifiesta por multitud de signos. Los principales son los siguientes:

a) Miedo constante y perturbador a incurrir en un verdadero pecado si se permite ciertas cosas o acciones que ve realizar con toda tranquilidad de espíritu a otras personas prudentes y de buena conciencia.

b) Nimia ansiedad sobre la validez o suficiencia de una buena acción, principalmente acerca de las confesiones pasadas o de los actos internos.

c) Largas y minuciosas acusaciones de circunstancias que no vienen al caso, y en las que el escrupuloso cree ver complementos indispensables, cuando no la esencia misma de su pecado.

d) Pertinacia de juicio en no tranquilizarse con las decisiones del confesor por miedo a no haberse explicado bien, a no haber sido comprendido, etc.; lo que le obliga a mudar con frecuencia de confesor y a querer renovar

sus confesiones generales o a la acusación de pecados sometidos ya multitud de veces al tribunal de la penitencia, etc., etc.

3. **Clases.–** Los escrúpulos suelen revestir dos formas principales: una de tipo *general,* que abarca todo el campo de la conciencia y se refiere a toda clase de pecados; y otra *especial,* que se circunscribe a una determinada materia (v. gr., a la fe, a la castidad, a la validez de la confesión, etc.) dejando completamente en paz y tranquilidad todo el resto de la vida moral. A veces se da la increíble aberración de escrupulizar hasta minuciosidades ridículas en una determinada materia, al mismo tiempo que se cometen sin escrúpulo grandes pecados en otras materias mucho más importantes.

4. **Causas.–** Los escrúpulos pueden provenir de una triple fuente:

a) Causa natural.– La inmensa mayoría de las veces, los escrúpulos obedecen a causas *puramente naturales* de tipo físico o moral.

Entre las causas físicas, unas son meramente *fisiológicas* tales como la disposición patológica del paciente (perturbación del sistema nervioso, o cerebroespinal, por enfermedad o herencia, atavismo, etc.); la *fatiga intelectual* por exceso de trabajo, insomnio. etc.; *la falta de alimentación,* que produce una gran depresión nerviosa, y otras causas semejantes.

Otras son de tipo *psicológico* tales como un temperamento melancólico predispuesto a la cavilosidad y al pesimismo; un espíritu misán-

tropo y retraído, que huye del trato normal con la gente y de toda recreación honesta, reconcentrándose cada vez más en sus propios pensamientos; ciertas enfermedades psicológicas, tales como la *psicastenia,* la *obsesión,* las *ideas fijas* (de las que el escrúpulo es una simple variedad o forma), etc.

*Ente las causas morale*s (íntimamente relacionadas con las psicológicas) hay que señalar una educación excesivamente rigorista que, al sancionar severamente las menores faltas, atemoriza y encoge el espíritu del educando, empujándole hacia los escrúpulos; el trato con otras personas meticulosas y detallistas; la lectura de libros excesivamente rigoristas en materia de moralidad, que se complacen en pintar con negras tintas las acciones más inocentes; una oculta soberbia, que hace preferir el propio criterio al de otras personas sensatas y prudentes, etc.

b) Causa sobrenatural.– A veces, aunque muy pocas, los escrúpulos proceden de una disposición del mismo Dios (valiéndose de causas naturales o preternaturales) para ejercitar al alma en la paciencia, humildad y obediencia, o para efectos purificadores de sus pasadas faltas, o en vistas a un mayor incremento de perfección y santidad. Tal ocurrió con San Ignacio de Loyola, San Francisco de Sales y hasta con la angelical Santa Teresita del Niño Jesús. Pero tales escrúpulos no suelen durar largo tiempo –al menos no toda la

vida–, y, superada la terrible crisis, renace en el alma la tranquilidad y la paz.

c) Causa preternatural.– Otras veces, permitiéndolo Dios, es el demonio la causa de los escrúpulos, actuando directamente sobre la imaginación y la sensibilidad de sus pacientes. Trata con ello de perturbar la paz del alma para que no se entregue a los ejercicios de piedad o de apostolado, o de vengarse de ella si se trata de un alma muy avanzada en los caminos de Dios. Tampoco estos escrúpulos suelen ser muy duraderos, y cesan con tanta mayor prontitud y facilidad cuanto mayor sea la obediencia ciega al director espiritual, a pesar de todas las sugestiones diabólicas. Cuando el demonio se convence de que sus manejos resultan contraproducentes, abandona fácilmente un campo en el que tiene perdida la partida.

5. **Efectos.–** Pocas cosas resultan tan perjudiciales al cuerpo y al alma como la terrible enfermedad de los escrúpulos.

a) Perjudican al cuerpo, empujándole hacia las enfermedades mentales y nerviosas o agravándolas considerablemente si ya se padecen. Pueden llevar hasta el *delirium tremens y* la completa enajenación mental.

b) Perjudican al alma, impidiéndola entregarse con tranquilidad y paz al servicio de Dios, a quien ya no se mira como el mejor de los padres, que acoge con infinita dulzura y misericordia al hijo pródigo que vuelve a la casa paterna cubierto de harapos, sino como

juez vengador de las menores injurias. El alma se vuelve egoísta, desconfía de todo el mundo, su trato se hace intolerable, pierde la devoción y la paz y, a veces, siente fuertes impulsos de echarlo todo a rodar o incluso de cometer la increíble locura del suicidio.

6. **Remedios.–** Hay que fijarse, ante todo, en la causa y origen de los escrúpulos para acertar con su verdadera terapéutica.

1º *Cuando son un efecto de la permisión de Dios* con vistas a la purificación del alma, lo mejor es la perfecta conformidad con la voluntad divina por todo el tiempo que sea de su beneplácito. Esfuércese el alma por obedecer en todo al director espiritual; renuncie a sus propias luces, aunque le parezca ver claro lo contrario de lo que su director le manda; humíllese en la presencia de Dios y una sus sufrimientos morales a los de Jesús y María por la salvación de las almas. Ya sonará la hora de Dios cuando Él lo estime conveniente, y el alma saldrá de su dolorosa prueba vigorizada y mejorada.

2º *Cuando proceden de la acción diabólica,* siga la misma línea de conducta que acabamos de indicar. Desprecie las sugestiones del enemigo, tranquilícese, humíllese, obedezca ciegamente al director y tenga paciencia, que no tardará en volver la calma y serenidad.

3º *Cuando proceden de causas puramente naturales* (o sea, en el noventa y cinco por ciento de los casos), hay que contrarrestar, en

primer lugar, la influencia del mal en su doble aspecto fisiológico y psicológico.

a) Fisiológicamente se evitará con cuidado todo gasto inútil de energías vitales, sobre todo el *exceso de trabajo:* los obsesionados, en general, son seres rendidos de fatiga. Hay que evitar a toda costa la *fatiga* física en las *emociones* fuertes, la falta de sueño, la alimentación deficiente, la atmósfera malsana (locales cerrados, humo de carbón o de tabaco, etc.).

El enfermo debe someterse a un régimen altamente reparador de sus energías vitales destrozadas. Alimentación sana y abundante, reposo prolongado (de ocho a nueve horas de sueño), ejercicios respiratorios al aire libre, gimnasia moderada, hidroterapia, medicamentos tonificantes bajo el control del médico, etc.

b) Psicológicamente tiene que rodearse de una atmósfera de tranquilidad y de paz, evitar el trato con personas meticulosas o rigoristas, no leer libro alguno que pueda excitarle, emocionarle excesivamente, o aumentarle sus preocupaciones. Ha de evitar a todo trance el desdoblamiento de sus ideas, su excesiva prolongación o rumiadura, el querer llegar a la certeza absoluta en todo lo que hace. Ha de entregarse a un trabajo moderado (manual o intelectual) que le entretenga provechosamente; se distraerá con recreaciones sencillas y agradables que no supongan esfuerzo o fatiga para sus nervios (nada de deportes violentos o de juegos absorbentes, como el ajedrez, etc.).

Presupuestos estos remedios neutralizadores, habrá que atacar directamente los escrúpulos mediante un acertado tratamiento de

dirección espiritual. Para ello es indispensable la colaboración del enfermo, pero sin pedirle nunca que dé de sí más de lo que pueda dar en el momento concreto de evolución en que se encuentre actualmente.

Las principales normas a que deben sujetarse director y dirigido son las siguientes:

El director procurará, principalmente:

a) Inspirar confianza al enfermo. Déjele hablar largamente la primera vez. Interrúmpale tan sólo de vez en cuando con una pregunta fácilmente aclaratoria, para que el enfermo se convenza de que se le va entendiendo muy bien. Al terminar la larga conversación, dígale con dulzura: «Amigo mío, le he entendido a usted admirablemente. Veo su alma con toda claridad como a través de unos rayos X. Y estoy seguro de que su enfermedad es perfectamente curable, con tal que me obedezca ciegamente en todo».

b) Exigir obediencia ciega. Tiene que decirle al enfermo que el único procedimiento para curarle es la obediencia ciega, hasta creer que es blanco lo negro si el director se lo dice así. Tiene que convencerse el enfermo de que lleva sin saberlo unas *gafas de cristales negros* que le hacen ver la realidad distinta de como es. El director no debe permitirle al enfermo que discuta sus órdenes o que pida el fundamento o las razones de las mismas. Debe limitarse a decirle que obedezca ciegamente, bajo la exclusiva responsabilidad ante Dios del director.

A lo sumo explicarle el principio de que, para obrar con conciencia inculpable ante Dios, basta la *certeza moral práctica* de la honestidad de una acción por *razones extrínsecas* (la simple autoridad del confesor), aunque persistan en la propia conciencia toda clase de dudas especulativas. Háblele siempre con firmeza, empleando un lenguaje categórico, sin incurrir jamás en la torpeza de dejar escapatorias con un «quizá», «tal vez», «sería mejor», etc., que, lejos de curar al enfermo, agravarían su dolencia.

En todo caso, si el estado actual del enfermo fuera lo suficientemente lúcido para saber gobernarse a sí mismo en un momento dado en ausencia de su director, se le dirá que discurra de esta o parecida manera:

«A mí, realmente, *no me obliga nada en conciencia,* mientras no tuviere *plena evidencia* de la obligación, o sea, una certeza que excluya toda clase de duda, una certeza sosegada y plena, tan clara como *dos y dos son cuatro,* tan firme que no vacilaría un instante en *poderla jurar.* No puedo en manera alguna cometer pecado mortal o venial, sino cuando tuviere *certeza absoluta* de que el acto que voy a realizar lo tengo prohibido bajo pecado mortal o venial, y, *sabiéndolo bien, quisiere,* sin embargo, realizarlo. No haré caso alguno de razones probables, por fuertes que me parecieren, y no me tendré por obligado sino por la evidencia clara y cierta que no admita la menor duda».

Cuando llegue el escrupuloso a decirle que ha cometido un pecado mortal o venial, le

preguntará el confesor: «¿Puede usted asegurar con juramento que entendió claramente ser pecado lo que iba a hacer y que, sabiéndolo bien, consintió plenamente en ello?».

El enfermo, por su parte, se esforzará con el mayor empeño y energía en colaborar a su curación en la siguiente forma:

a) Oración a Dios, pidiéndole el remedio de su triste situación, aunque con plena sumisión a su divina voluntad.

b) Obediencia ciega al director en el sentido y forma que acabamos de explicar. Fíese únicamente de él y no consulte a otros confesores ni consejeros. Haga brevísimamente su examen de conciencia y no se confiese sino de las faltas que *pueda jurar* haber cometido *ciertamente.*

c) Empleo de los remedios físicos y psíquicos que hemos indicado más arriba.

Con estos medios, utilizados con paciencia y perseverancia, puede conseguirse, con la ayuda de Dios, la curación de la terrible enfermedad de los escrúpulos, haciéndole recobrar a la pobre alma la paz y tranquilidad de espíritu. También con relación a los escrúpulos de conciencia hay que recordar el gran principio de Santa Teresa: *Nada te turbe, nada te espante...*

VIII. LA DIVINA PREDESTINACIÓN

Para cierta clase de almas proclives por temperamento a amargarse la existencia plan-

teándose los problemas más difíciles e intrincados de imposible o muy difícil solución, el misterio de la divina predestinación constituye una de sus obsesiones más torturadoras: «¿Estaré yo predestinado? ¿Me concederá Dios, al término de mi vida, el don gratuito de la perseverancia final en la gracia, sin la cual nadie absolutamente se puede salvar?».

En una obra escrita para tranquilizar a las almas –«Nada te turbe, nada te espante...»– no podíamos soslayar este gran problema sin cometer una falta imperdonable. El misterio de la divina predestinación es, ciertamente, pavoroso si se le desvincula del hecho indiscutible de la infinita misericordia de Dios; pero es altamente tranquilizador y confortante si se le enfoca desde esa perspectiva soberana sobre la que a nadie le es lícito abrigar la menor duda, puesto que es un dogma de fe.

No vamos a entrar aquí en las disputas seculares que dividen en este punto a las grandes escuelas teológicas. Es preciso confesar que el problema de la divina predestinación no ha logrado aclararlo del todo ninguna escuela teológica hasta hoy, y creemos firmemente que no se aclarará jamás acá en la tierra. El enigma indescifrable de la concordia entre la gracia eficaz que no puede fallar jamás y la libertad creada, de suyo tornadiza y versátil, entre la soberana independencia e iniciativa divinas y la cooperación voluntaria del hombre, solamente aparece radiante de luz y claridad ante los ojos de los bienaventu-

rados en la visión beatífica. Los que vivimos todavía acá en la tierra hemos de contentarnos con adorar el misterio sin tratar de descifrarlo, lo que sería vano empeño y loca temeridad.

Pero sea cual fuere el enfoque que se le dé al formidable problema o la escuela teológica a que se pertenezca, todos los teólogos católicos están completamente de acuerdo en los siguientes puntos, que pertenecen expresamente a la fe católica o son doctrina cierta y común en teología, y son más que suficientes para que cada uno trabaje con seriedad en la salvación de su alma, sin preocuparse demasiado de cómo haya de resolverse el problema teórico de la predestinación.

1° Dios quiere sinceramente que *todos* los hombres se salven. Consta expresamente en la Sagrada Escritura (*1 Tm* 2, 34).

2° En su consecuencia, Cristo murió por todos los hombres sin excepción. Consta también expresamente en la Sagrada Escritura (*2 Co* 5, 15) y ha sido expresamente definido por el magisterio infalible de la Iglesia (D 1906).

3° En virtud de su voluntad salvífica universal y en atención a los méritos de Cristo Redentor, Dios ofrece siempre *a todos los hombres* las gracias necesarias y suficientes para salvarse si quieren. Lo contrario equivaldría a querer el fin sin querer los medios conducentes al mismo, lo cual es absurdo y contradictorio.

4º «Que algunos hayan sido predestinados al mal por el divino poder, no sólo no lo creemos, sino que, si hubiere algunos que quieran creer tanta maldad, con toda repulsión les anatematizamos» (Concilio II de Orange, D 900).

5º «Que algunos se salven es don del que salva; pero que algunos se pierdan es merecimiento de los que se pierden» (Concilio de Quiersy, D 318).

6º «Ni los malos se perdieron porque no pudieron ser buenos, sino porque *no quisieron ser buenos* y por su culpa permanecieron en la masa de condenación» (Concilio III de Valence, D 321).

7º «Porque Dios no manda a nadie cosas imposibles, sino que, al mandar alguna cosa, nos avisa que hagamos lo que podamos y pidamos lo que no podamos y nos ayuda para que podamos» (Concilio de Trento, D 804).

¿Qué más se puede pedir sabiendo con certeza infalible todo esto? ¿Ver las cosas del todo claras? Esto está reservado para el día de las supremas revelaciones. Mientras tanto, *con temor y temblor trabajad por vuestra salud* (*Flp* 2, 12), sabiendo que, sea cual fuere la solución del problema de la divina predestinación, la salvación eterna es posible *y está al alcance de cada uno con ayuda de la gracia divina,* que por parte de Dios no faltará.

Capítulo II

TODO SE PASA

Uno de los argumentos fundamentales que solía emplear Santa Teresa para tranquilizar a las almas atormentadas por el dolor, la enfermedad o cualquiera otra de las calamidades de que está tan llena nuestra vida terrena es la brevedad increíble de la misma y lo pronto que «todo se pasa» y todo se acaba:

«Es corta la vida, y algunas cortísimas. ¿Y qué sabemos si seremos de tan corta, que desde una hora o momento que nos determinemos a servir del todo a Dios, se acabe? Posible sería que, en fin, todo lo que tiene fin no hay que hacer caso de ello, y pensando que cada hora es la postrera, ¿quién no la trabajará?»[1].

Vale la pena detenernos a examinar cuidadosamente la caducidad de las cosas temporales, en contraste y parangón con la vida interminable que nos espera más allá de este pobre mundo. Nada más estimulante y alentador

---

[1] SANTA TERESA, *Camino de perfección*, 12, 2.

para proseguir nuestro penoso viaje con incansable intrepidez y el corazón abierto a la más firme esperanza.

I. TODO PASA

Es un hecho, perfectamente visible a simple vista, que lo que llamamos *tiempo presente* pasa y transcurre con velocidad vertiginosa, que deja muy atrás la velocidad de la luz y del relámpago. Si bien se mira, lo que llamamos *presente,* concebido como algo fijo y estable, no existe. El *presente* no es otra cosa que *un futuro* que desfila rapidísimamente ante nosotros convirtiéndose en *pretérito,* sin que haya permanecido un solo instante como *presente.* Antes de pronunciar una palabra era *futura* para nosotros; pero en el mismísimo instante de pronunciarla desaparece como presente y se convierte en *pretérita,* o sea, como algo que ya pasó. Este fenómeno sorprendente –la no existencia de un tiempo presente– dejaba estupefacto al genio intelectual de San Agustín:

¿Qué es, pues, el tiempo? –escribe en sus maravillosas *Confesiones*[2]–. Si nadie me lo pregunta, lo sé; pero si quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé. Lo que sí digo sin vacilación es que

[2] SAN AGUSTÍN, *Confesiones,* libro XI, caps. 14, 15 y 20. Hay una edición castellana en EDICIONES PALABRA, en la Colección Cuadernos Palabra, n. 32.

sé que si nada pasase no habría tiempo pasado; y si nada sucediese, no habría tiempo futuro. Pero aquellos dos tiempos, pretérito y futuro, ¿cómo pueden ser, si el pretérito ya no es él y el futuro todavía no es? Y en cuanto al presente, si fuese siempre presente y no pasase a ser pretérito, ya no sería tiempo, sino eternidad. Si, pues, el presente, para ser el tiempo es necesario que pase a ser pretérito, ¿cómo decimos que existe éste, cuya causa o razón de ser está en dejar de ser, de tal modo que no podemos decir con verdad que existe el tiempo sino en cuanto tiende a no ser?

Y, sin embargo, decimos «tiempo largo» y «tiempo breve», lo cual no podemos decirlo más que del tiempo pasado y futuro. Llamamos tiempo pasado largo, v. gr., a cien años antes de ahora, y de igual modo tiempo futuro largo a cien años después; tiempo pretérito breve, si decimos, por ejemplo, hace diez días, y tiempo futuro breve, si dentro de diez días. Pero ¿cómo puede ser largo o breve lo que no es? Porque el pretérito ya no es, y el futuro todavía no es. No digamos, pues, que «es largo»; sino, hablando del pretérito, digamos que «fue largo», y del futuro, que «será largo».

Pero lo que ahora es claro y manifiesto es que no existen los pretéritos ni los futuros, ni se puede decir con propiedad que son tres los tiempos: pretérito, presente y futuro; sino que tal vez sería más propio decir que los tiempos son tres: presente de las cosas pasadas, presente de las cosas presentes y presente de las futuras. Porque éstas son tres cosas que existen de algún modo en el alma, y fuera de ella yo no veo que existan: presente de cosas pasadas (la memoria), presente de cosas presentes (visión) y presente de cosas futuras (expectación).

Si me es permitido hablar así, veo yo los tres tiempos y confieso que los tres existen.

¡Todo pasa! Todos los seres situados en el tiempo y el espacio participan forzosamente de esta fugacidad vertiginosa inherente a su propia condición.

a) En la Naturaleza se suceden sin cesar las estaciones. A la fresca y riente primavera suceden los ardores del verano, las hojas mustias y amarillas del otoño, el frío inclemente del invierno. ¡Todo pasa!

b) En la vida del hombre, la infancia y la niñez se transforman prontamente en la adolescencia; ésta cede el paso a la juventud que, a su vez, lo va cediendo a la edad madura para desembocar finalmente en la decrepitud y ancianidad.

La vida del hombre sobre la tierra es como la flor del heno: fresca por la mañana, seca y mustia por la tarde. Como las aguas del río: pasan corriendo para no volver jamás. Como la blanca estela de espuma que deja el navío sobre el mar: al punto queda borrada por las aguas agitadas. En realidad, es como *un relámpago entre dos eternidades:* la eternidad de la nada, de donde nos sacó la omnipotencia creadora de Dios, y la eternidad del más allá, a donde nos encaminamos sin cesar en cada instante de nuestra vida.

c) ¡La historia! ¿Dónde están las grandes figuras mencionadas en los fastos de la historia universal? Ciro, Jerjes, Alejandro, Sala-

dino, Felipe II, Napoleón y mil otros... pasaron para nunca más volver.

d) Los honores y grandezas son flor de un día. Hasta hace poco, cuando el nuevo Papa, recién elegido, era llevado en procesión solemne por la Basílica de San Pedro, se acercaba el maestro de ceremonias tres veces al Santo Padre, y, mostrándole un poco de estopa en el extremo de una vara de plata, le prendía fuego mientras le dirigía estas palabras: «Santo Padre, así pasa la gloria del mundo: *sic transit gloria mundi*».

La Sagrada Escritura nos recuerda de mil modos la fugacidad de las cosas de la tierra:

«La duración de nuestros años es de setenta, y ochenta en los más robustos; pero en su mayor parte no son más que penas y vaciedad, porque pasan veloces y volamos» (*Sal* 89, 10).

«Nuestro nombre caerá en el olvido con el tiempo, y nadie tendrá memoria de nuestras obras.

Y pasará nuestra vida como rastro de nube, y se disipará como niebla acosada por los rayos del sol y recargada por su calor» (*Sb* 2, 4).

«Pues el paso de una sombra es nuestra vida, y sin retorno es nuestro fin, porque se pone el sello y no hay quien vuelva», (*Sb* 2, 5).

«Pasó como una sombra todo aquello, y como correo que va por la posta. Como nave que atraviesa las agitadas aguas, de cuyo paso no es posible hallar huella, ni del camino de su quilla por las olas. O como ave que corta los aires sin que se encuentre señal de su paso y golpea el aire ligero al batirlo con sus plumas y lo corta con la violencia

de su ímpetu, y se abre camino con el movimiento de sus alas; después ya no hay señal de su paso. O como flecha que se tira al blanco, que aunque hienda el aire, luego éste vuelve a cerrarse, y no se conoce por dónde pasó. Así también nosotros, en naciendo, morimos; sin dar muestra alguna de nuestra virtud, nos extinguimos en nuestra maldad» (*Sb* 5, 9, 13).

«Sí, la esperanza del impío es como polvo arrebatado por el viento, como ligera espuma deshecha por el huracán, como humo que en el aire se disipa, cual recuerdo del huésped de un día que pasó de largo» (*Sb* 5, 14).

«Porque son una sombra nuestros días sobre la tierra» (*Jb* 8, 9).

«Mis días pasaron más veloces que un correo» (*Jb* 9, 25).

«El hombre nacido de mujer es corto de días y harto de inquietudes; brota como una flor y se marchita, huye como sombra sin pararse» (*Jb* 14, 1).

«Mi espíritu se extingue, mis días se acaban, sólo me queda el sepulcro» (*Jb* 17, 1).

«Pasaron mis días, se desvanecieron mis proyectos, los deseos de mi corazón» (*Jb* 17, 11).

«El mundo pasa, y también sus concupiscencias; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre» (*1 Jn* 2, 17).

«Dígoos, pues, hermanos, que el tiempo es corto. Sólo queda que los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran; los que lloran, como si no lloraran; los que se alegran, como si no se alegrasen; los que compran, como si no poseyesen, y los que disfrutan del mundo, como si no disfrutasen, porque pasa la apariencia de este mundo» (*1 Co* 7, 29, 31).

Es inútil seguir multiplicando los textos bíblicos, que son innumerables. Es un hecho indiscutible: el hombre empieza a morir desde el momento de nacer. Lo que ayer fue para nosotros el oriente, será mañana el ocaso. El sol que ayer iluminaba nuestra juventud, bañará muy pronto con su luz rojiza las hierbas de nuestra tumba. Con razón escribió Baltasar Gracián:

«Si bien se mira, todo cuanto hay se burla del miserable hombre: el mundo le engaña, la vida le miente, la fortuna le burla, la salud le falta, la edad se pasa, el mal le da prisa, el bien se ausenta, los años huyen, los contentos no llegan, el tiempo vuela, la vida se acaba, la muerte le coge, la sepultura le traga, la tierra le cubre, la podredumbre le deshace, el olvido le aniquila y el que ayer fue hombre, hoy es polvo, y mañana, nada».

La rapidez de nuestro paso por la tierra hace que nuestra vida se parezca más a un sueño que a una palpable realidad. Calderón de la Barca supo expresarlo en estrofas maravillosas[3]:

Sueña el rico en su riqueza,
que más cuidados le ofrece;
sueña el pobre que padece
su miseria y su pobreza;
sueña el que a medrar empieza,
sueña el que afana y pretende,
sueña el que agravia y ofende,

[3] PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA, *La vida es sueño,* jornada 2ª, escena 19.

Y pues vemos lo presente
cómo en un punto se es ido

y acabado,
si juzgamos sabiamente,
daremos lo no venido
por pasado.
No se engañe nadie, no,
pensando que ha de durar
lo que espera
más que duró lo que vio,
porque todo ha de pasar
de igual manera.

Este mundo es el camino
para el otro, que es morada
sin pesar;
mas cumple tener buen tino
para andar esta jornada sin errar.
Partimos cuando nacemos,
andamos mientras vivimos,
y llegamos
al tiempo que fenecemos;
así que cuando morimos
descansamos.

Ved de cuán poco valor
son las cosas tras que andamos
y corremos,
que, en este mundo traidor,
aun primero que muramos
las perdemos;
de ellas deshace la edad,
de ellas casos desastrados

que acaecen,
de ellas, por su calidad
de los más altos estados
desfallecen.

Decidme: la hermosura,
la gentil frescura y tez
de la cara,
la color y la blancura,
cuando viene la vejez,
¿cuál se para?
Las mañas y ligereza
y la fuerza corporal
de juventud,
todo se torna graveza
cuando llega al arrabal
de senectud.

Los placeres y dulzores
de esta vida trabajada
que tenemos,
no son sino corredores,
y la muerte, la celada
en que caemos.
No mirando a nuestro daño,
corremos a rienda suelta
sin parar;
desque vemos el engaño
y queremos dar la vuelta,
no hay lugar.

Esos reyes poderosos
que vemos por escrituras

ya pasadas,
en casos tristes, llorosos,

fueron sus buenas venturas
trastornadas;
    así que no hay cosa fuerte,
que a papas y emperadores
y prelados,
así los trata la muerte
como a los pobres pastores
de ganados.

    ¿Qué se hizo el rey don Juan?
Los infantes de Aragón
¿qué se hicieron?
¿Qué fue de tanto galán,
qué de tanta invención
que trajeron?
    Las justas y los torneos,
paramentos, bordaduras
y cimeras,
¿fueron sino devaneos?
¿Qué fueron sino verduras
de las eras?

    ¿Qué se hicieron las damas,
sus tocados y vestidos,
sus olores?
¿Qué se hicieron las llamas
de los fuegos encendidos
de amadores?
    ¿Qué se hizo aquel trovar,
las músicas acordadas
que tañían?

¿Qué se hizo aquel danzar,
aquellas ropas chapadas
que traían?

Tantos duques excelentes,
tantos marqueses y condes
y barones
como vimos tan potentes,
di, muerte, do los escondes
y traspones?
Y las sus claras hazañas
que hicieron en las guerras
y en las paces,
cuando tú, cruda, te ensañas,
con tu fuerza los aterras
y deshaces.

¿Qué provecho se puede sacar del hecho indiscutible de la caducidad de esta pobre vida en la que «todo se pasa»? Sin duda alguna, la de tratar de asegurar a toda costa nuestra eternidad bienaventurada. Meditando la vanidad de las cosas de acá abajo, se aprende a amar las cosas imperecederas. Establezcamos la verdadera escala de valores. De nada nos serviría hacernos dueños del mundo entero si, al cabo, llegamos a perder nuestra alma para toda la eternidad:

«Trocar los placeres de una vida breve por el éxtasis de una vida eterna; dejar las minucias de lo finito para participar del infinito; aceptar la miseria en la tierra para gozar en el cielo de una perpetua e inconmensurable ri-

tiempos pasados, presentes y futuros. Oigamos a San Agustín exponiendo esto mismo con su precisión acostumbrada[4]:

«Lo pasado ya no existe; lo futuro aún no existe; por tanto, lo pasado y lo futuro es inexistente. Pero para Dios no hay nada inexistente: ni lo pasado ni lo futuro, sino que todo está presente en su acatamiento».

De este hecho indiscutible se deducen una serie de consecuencias importantísimas. He aquí las principales:

1ª *Dios no olvida jamás el bien que hemos hecho,* aunque nosotros mismos lo hayamos olvidado y se haya borrado por completo de nuestra memoria. En el Evangelio hay un pasaje impresionante, citado mil veces para exaltar la importancia decisiva de las obras de misericordia realizadas en favor de nuestros prójimos; pero no es menos decisivo para dejar fuera de toda duda que Dios no olvida absolutamente nada de lo que hacemos en este mundo:

«Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria y todos los ángeles con Él, se sentará sobre su trono de gloria, y se reunirán en su presencia todas las gentes, y separará a unos de otros, como el pastor separa a las ovejas de los cabritos, y pondrá a las ovejas a su derecha y a los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el Rey a los que están a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la

---

[4] SAN AGUSTÍN, *De diversis quaestionibus,* 17.

creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; peregriné, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; preso, y vinisteis a verme. Y le responderán los justos: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos peregrino y te acogimos, desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte? Y el Rey les dirá: En verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis» (*Mt* 25, 31-40).

¡Qué gozoso asombro cuando el mar del olvido remueva y ponga a la vista todos los beneficios que hicimos a los demás, aun los más pequeños e insignificantes como un vaso de agua fría dado en su nombre y por amor de Dios! (*Mt* 10, 42). Lo que eran unas pequeñas arenillas, Dios nos las devuelve convertidas en perlas preciosas para nuestra corona eterna.

Nada absolutamente olvida Dios: hacer limosnas, rezar, ayunar o mortificarse en silencio, sin llamar la atención, sin que nadie caiga en la cuenta, sólo por amor de Dios (*Mt* 6,4; 6,6; 6,18); hacer pequeños sacrificios, vencerse a sí mismo, sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos y otras mil cosillas por el estilo. Nada absolutamente olvida Dios, aun en el caso de que lo hayamos olvidado nosotros mismos.

2ª *Dios no olvida tampoco el bien que he-*

cias que sumergimos alegremente en el mar del olvido aparezcan de nuevo ante nuestros ojos en el juicio particular y ante la faz del mundo entero en el juicio universal!

Durante la vida son muy pocos los que piensan que ante nosotros funciona día y noche una cámara cinematográfica que recoge fidelísimamente todo cuanto hacemos, bueno y malo, y todo cuanto deberíamos hacer y omitimos por negligencia culpable. En esa película de nuestra vida, filmada imborrablemente en la mente divina, aparece todo cuanto pensamos, decimos, hacemos y dejamos culpablemente de hacer. ¡Qué sorpresa cuando esa película se proyecte ante nuestros ojos en el juicio particular, y qué confusión cuando se proyecte ante el mundo entero en el juicio final! Horas brillantes, horas oscuras, obras buenas, obras malas, sacrificios, oraciones, victorias y fracasos: todo absolutamente ha sido recogido en la película de nuestra vida filmada en la mente de Dios, que nada olvida ni puede olvidar de cuanto ocurre en el mundo creado por Él. La Sagrada Escritura nos lo recuerda en multitud de textos:

«Porque Dios ha de juzgarlo todo, aun lo oculto, y toda acción buena o mala» (*Qo* 12, 14).

«¿No está Él mirando mis caminos y contando todos mis pasos? (*Jb* 31, 4).

«Los ojos de Dios observan los caminos de los hombres, y tiene Él contados todos sus pasos. No

hay oscuridad ni sombra donde puedan esconderse los malhechores» (*Jb* 34, 21, 22).

4ª *Dios perdona al pecador arrepentido.* ¿Pero no olvidará Dios, al menos, aquello de que nos hayamos arrepentido, lo que hayamos expiado o reparado por la penitencia? Olvidarlo propiamente, no; pero tampoco olvida, ciertamente, nuestro arrepentimiento y obra como si se hubiese olvidado por completo de la maldad cometida. Hay multitud de textos hermosísimos en la Sagrada Escritura:

«Yo juro, dice el Señor Dios, que no quiero la muerte del impío, sino que se convierta de su mal proceder y viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos. ¿Por qué os empeñáis en morir?» (*Ez* 33, 11).

«Si mi pueblo, sobre el cual ha sido invocado mi nombre, convertido me pidiere perdón, y procurare aplacarme haciendo penitencia de su mala vida, yo también desde el cielo le escucharé y perdonaré sus pecados y libraré de los males a su país» (*2 Cro* 7, 14).

«Yo mismo soy el que borro tus iniquidades por amor de mí mismo y no me acordaré más de tus pecados» (*Is* 43, 25).

«Todos me conocerán, desde los pequeños a los grandes, oráculo de Yahvé, porque les perdonaré sus maldades y no me acordaré más de sus pecados» (*Jr* 31, 34).

«Aunque vuestros pecados os hayan teñido como la grana, quedarán vuestras almas blancas como la nieve; y aunque fuesen teñidas de encar-

nado como el bermellón, se volverán blancos como la lana» (*Is* 1, 18).

«De Él dan testimonio todos los profetas, que dicen que por su nombre cuantos creen en Él recibirán el perdón de los pecados» (*Hch* 10, 43).

«Si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es Él para perdonarnos y limpiarnos de toda iniquidad» (*1 Jn* 1, 9).

Capítulo III

DIOS NO SE MUDA

Uno de los atributos divinos más impresionantes es su absoluta inmutabilidad: *Dios no se muda,* ni se ha mudado nunca, ni se mudará jamás. Es una consecuencia lógica y necesaria de su infinita perfección.

En efecto: toda mutación o movimiento supone necesariamente una indigencia. El ser que se mueve va en busca de algo que le falta y necesita alcanzar. Ahora bien: el Ser infinito, al que nada le falta y nada necesita alcanzar, es necesaria y absolutamente inmutable por su misma naturaleza perfectísima. Y aun imaginando el movimiento en el sentido de traslación local, Dios tampoco puede experimentar la más mínima mutación, porque, en virtud de su *inmensidad,* lo llena absolutamente todo y no puede trasladarse a ningún lugar en el que todavía no se encuentre.

I. Errores

A pesar de que el argumento que acabamos de exponer sobre la absoluta inmutabili-

dad de Dios es del todo claro y convincente, no han faltado multitud de errores y herejías en torno a ella. He aquí los principales[1]:

a) Los *estoicos, gnósticos, maniqueos y arrianos* niegan por diversos motivos que Dios sea inmutable.

b) Los *antropomorfistas* le hacen semejante a los hombres, sujetos por su propia naturaleza a la mutabilidad de sus pasiones y caprichos.

c) Los *panteístas,* no sólo los materiales y formales, sino también los emanatistas e idealistas, enseñan que Dios está sujeto a una evolución constante e indefinida.

d) Renán, citando a Hegel, afirma que Dios es *purum fieri:* un constante *hacerse.*

e) Los *socinianos* y *arminianos* enseñaron que Dios es inmutable en cuanto a su *substancia,* pero es mudable en cuanto a su *ciencia* y a los derechos de su *voluntad.*

II. Doctrina católica

Contra todos estos errores y herejías, la doctrina católica enseña que Dios es absolutamente inmutable, o sea, no sufre ni puede sufrir mutación alguna de cualquier naturaleza que sea. He aquí las pruebas:

a) La Sagrada Escritura. Lo afirma expresamente repetidas veces en el Antiguo y el Nuevo Testamento:

---

[1] Cfr Royo Marín, *Dios y su obra,* BAC (Madrid 1963), nn. 85 ss.

«El consejo de Yavé permanece por toda la eternidad; los designios de su corazón, por todas las generaciones» (*Sal* 32, 11).

«Desde el principio fundaste tú la tierra, y obra de tus manos es el cielo. Pero éstos perecerán y tú permanecerás mientras todo envejece como un vestido. Los mudarás como se muda un vestido. Pero tú siempre eres el mismo, y tus días no tienen fin» (*Sal* 101, 26-28).

«Porque yo, Yavé, no me he mudado...» (*Ml* 3, 6).

«Todo buen don y toda dádiva perfecta viene de arriba, desciende del Padre de las luces en el cual no se da mudanza ni sombra de alteración» (*St* 1, 17).

b) El magisterio de la Iglesia. La Iglesia ha proclamado solemne y repetidas veces la doctrina de la absoluta inmutabilidad de Dios.

El concilio de Nicea condenó a los arrianos, que afirmaban que el Hijo de Dios es cambiable o mudable (cfr D 54).

Los concilios IV de Letrán (D 428), II de Lyón (D 463), Florentino (D 703) y Vaticano I (D 1782) señalan entre los atributos de Dios, como dogma de fe, la divina inmutabilidad.

c) La razón teológica. El Doctor Angélico Santo Tomás de Aquino propone, entre otros, el siguiente clarísimo argumento que ya hemos insinuado más arriba:

«Lo que se mueve consigue algo mediante el movimiento y llega a tener lo que antes no tenía. Pero como Dios es *infinito,* y en cuanto tal encierra en sí la plenitud de toda perfección, no puede adquirir cosa alguna ni extenderse a cosas que an-

tes no alcanzaba, por lo cual no es posible atribuirle movimiento alguno»[2].

A este clarísimo argumento del Angélico puede añadirse el famoso razonamiento de Salustio, filósofo neoplatónico del siglo IV, que suena así:

«Todo lo que se muda se cambia en algo mejor o en peor; pero Dios no puede cambiarse en mejor, porque es infinitamente perfecto, ni en peor, porque entonces sería malo y no bueno: luego es imposible en Dios cualquier cambio o mutación».

III. Dificultades

Aunque la doctrina de la absoluta inmutabilidad de Dios es del todo clara y evidente, plantea, sin embargo, algunas dificultades prácticas, cuya solución nos ayudará a comprender mejor el verdadero alcance de este atributo divino.

He aquí las principales dificultades y su correspondiente solución:

Dificultad.– Dios odia al pecador que antes amó. Sabemos, en efecto, que Dios ama al hombre virtuoso y odia al pecador. A Judas lo amaba cuando, con buena voluntad, seguía al Maestro; pero tuvo que odiarle o rechazarle cuando le traicionó. Luego parece que Dios cambia o se muda.

[2] Cfr I, 9, 1.

Respuesta.– Esta dificultad se desvanece si consideramos que Dios ama siempre la virtud y odia siempre el pecado *dondequiera que estén.* Por eso amó a Judas cuando éste se guarecía bajo la virtud, y le odió o rechazó cuando el mismo Judas se metió en el ámbito, odiado por Dios, del pecado. Todo el cambio lo realizó el mismo Judas, pasándose de la virtud al pecado. Dios permanece inmutable, amando el bien y odiando el mal dondequiera que estén.

Dificultad.– Dios, al crear el mundo, se convirtió en Creador, o sea, de no Creador pasó a Creador. Luego hubo en Él un cambio o mutación.

Respuesta.– Dios pensó crear el mundo *desde toda la eternidad, y* el mundo empezó a existir cuando Dios había decretado que existiera. El *decreto de crear,* que es lo intrínseco a Dios, es tan eterno como el mismo Dios. La *ejecución* de ese decreto de crear y su ejecución en el tiempo, ninguna acción ni operación nueva suponen en Dios. La aparición del mundo exige, naturalmente, una transformación total en la criatura, que pasa del no ser al ser; pero no supone en Dios cambio ninguno, sino únicamente le añade una mera denominación nueva: la de Creador.

Dificultad.– El milagro y la oración. El milagro altera las leyes de la naturaleza que el mismo Dios señaló: luego Dios cambia de parecer al realizar esa excepción de sus propias leyes. Dígase lo mismo de la oración, con la cual tratamos de conseguir alguna gracia que quizá no conseguiríamos sin ella; luego la ora-

ción hace cambiar los designios de Dios sobre nosotros.

Respuesta.– Desde toda la eternidad, Dios decretó las excepciones de las leyes naturales que se habrían de realizar en el tiempo (milagros) y las gracias que concedería a nuestra oración humilde y perseverante. Lo intrínseco a Dios (el decreto) es eterno e inmutable; su ejecución en el tiempo es lo único que experimenta la mutación.

Dificultad.– La Encarnación del Verbo. Es de fe que el Verbo divino se hizo hombre. Luego empezó a ser lo que antes de encarnarse no era. Luego el Verbo divino experimentó un cambio o mutación.

Respuesta.– La encarnación no produjo ningún cambio o mutación en la naturaleza divina ni en la Persona del Verbo, sino únicamente en la *Humanidad de Cristo,* que fue asumida o levantada por el Verbo a la unión personal con Él.

Dificultad.– El lenguaje de la Sagrada Escritura. Acercarse y alejarse presuponen movimiento, y la Escritura atribuye estas cosas a Dios, pues dice el apóstol Santiago: «Acercaos a Dios y Él se acercará a vosotros» (*St* 4, 8).

Respuesta.– La Escritura aplica a Dios esas expresiones en sentido metafórico. A la manera como decimos que el sol entra o sale de una casa cuando sus rayos penetran o no en ella, así se dice también que Dios se acerca o se aleja de nosotros cuando recibimos o nos sustraemos al influjo de su bondad.

IV. Consecuencias de la vida práctica

La absoluta inmutabilidad de Dios ha de llenar nuestras almas de tranquilidad y de paz. En virtud, precisamente, de su inmutabilidad es del todo claro y evidente:

a) Que Dios nos ama. Si no nos amara desde toda la eternidad no nos hubiese creado ni nos conservaría en el ser. Lo dice expresamente la Sagrada Escritura en el libro de la Sabiduría:

> «Pues amas todo cuanto existe y nada aborreces de lo que has hecho, que no por odio hiciste cosa alguna. Y ¿cómo podía subsistir nada si tú no quisieras, o cómo podría conservarse sin ti?» (*Sb* 11, 25-26).

Es cierto que nosotros tenemos el triste poder de salirnos de la esfera del amor misericordioso de Dios (como se salió Judas y se salen todos los pecadores al apartarse voluntariamente de Dios); pero esto es cosa nuestra y en nuestra mano está (con la ayuda de Dios, que nunca falta a los que la piden humildemente) permanecer eternamente en el amor de Dios. Sabemos ciertamente que Dios no nos abandonará jamás si nosotros no le abandonamos antes a Él: *Deus non deserit nisi prius deseratur* (San Agustín). Procuremos no abandonarle nosotros a Él y nada absolutamente hemos de temer.

b) Que Dios quiere salvarnos. La voluntad salvífica universal de Dios es un dogma de fe

expresamente revelado en la Sagrada Escritura. He aquí algunos de los textos más claros e impresionantes:

«Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad» (*1 Tm* 2, 4).

«¿Por qué habéis de querer morir, casa de Israel? Que no quiero yo la muerte del que muere. Convertíos y vivid» (*Ez* 18, *32).*

«Por mi vida, dice el Señor, Yavé, que yo no me gozo en la muerte del impío, sino en que él se retraiga de su camino y viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos. ¿Por qué os empeñáis en morir, casa de Israel» (*Ez* 18, 32).

«Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio su Unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna. Pues Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él» *(Jn* 3, 16-17).

Ahora bien: si Dios quiere que *todos* los hombres se salven y Cristo murió por *todos,* síguese que *todos* los hombres sin excepción reciben las gracias *necesarias* y *suficientes* para salvarse; y de hecho se salvarán si no ponen resistencia voluntaria a esas gracias *suficientes,* que Dios convertirá en *eficaces* al no encontrar resistencia por parte del hombre.

Estas gracias *suficientes* son variadísimas. Unas son *externas,* tales como la vida de la Iglesia, la predicación del Evangelio, los buenos consejos, etc., etc. Otras *internas,* en forma principalmente de inspiraciones divinas.

En una forma o en otra reciben estas gracias suficientes todos los redimidos por Cristo sin excepción: hombres y mujeres, ancianos y niños, cristianos y paganos, creyentes e incrédulos, justos y pecadores. A todos se les da la oportunidad de salvarse, si quieren. Ningún condenado se podrá quejar jamás de no haber recibido las gracias *suficientes* para salvarse, si hubiera querido. Lo enseña expresamente la Iglesia en un texto famoso:

«No ha de creerse que la presencia de Dios impusiera en absoluto a ningún malo la necesidad de que no pudiera ser otra cosa, sino que él había de ser por su propia voluntad lo que Dios, que lo sabe todo antes de que suceda, previó por su omnipotente e inconmutable majestad. Y no creemos que nadie sea condenado por juicio previo, sino por merecimiento de su propia iniquidad; ni que los malos se perdieron porque no pudieron ser buenos, sino *porque no quisieron ser buenos* y por su culpa permanecieron en la masa de condenación por la culpa original o por la actual» (D 321).

Santo Tomás tiene como cosa certísima –*certissime tenendum est*– que, si es preciso, Dios revelará interiormente al último salvaje las verdades de la fe que es necesario creer para salvarse o le enviará un misionero que se las explique, como envió a San Pedro a Corne-

[3] Cfr *De veritate,* 14, 11 ad 1. Hemos explicado largamente todo esto en nuestra *Teología de la salvación.* 3ª ed., BAC (Madrid 1965), n. 108, a donde remitimos al lector que quiera más abundante información.

lio; pero ni uno solo de ellos dejará de recibir los auxilios *suficientes* para la salvación[3].

c) Que Dios nos prueba. Precisamente porque Dios nos ama y quiere salvarnos, nos somete con frecuencia a multitud de pruebas (desgracias, tentaciones, miserias, enfermedades, muerte de seres queridos, etc.) que tienen por finalidad misericordiosa purificarnos como el oro en el crisol y labrarnos la corona imperecedera de nuestra felicidad eterna. Lejos de desesperarnos, sepamos besar la mano que nos hiere para nuestro bien y digámosle con el poeta cristiano:

Tu sólo, Dios y Señor,
Tú que por amor me hieres,
Tú que con inmenso amor
Pruebas con mayor dolor
a las almas que más quieres.

Tú sólo lo has de saber,
pues sólo quiero contar
mi secreto padecer
a quien lo ha de comprender
y lo puede consolar.

Bendito seas, Señor,
por tu infinita bondad,
porque pones con amor
sobre espinas de dolor
rosas de conformidad.

(José María Pemán)

Sepamos comprender cristianamente los

designios de Dios cuando nos prueba con el dolor y la desgracia. Únicamente así sabremos conservar la paz y serenidad de nuestra alma frente a toda clase de sufrimientos y tribulaciones. Frente a todas las desgracias que puedan sobrevenirnos, no olvidemos nunca que *Dios no se muda,* que nos ama y quiere salvarnos «con toda la seriedad que hay en la cara de Cristo crucificado» (Gar Mar).

Capítulo IV

LA PACIENCIA TODO LO ALCANZA

Estas palabras constituyen, sin duda alguna, una de las sugerencias más estimulantes y alentadoras de la famosa letrilla teresiana. La gran Santa estaba firmemente convencida de ello y por eso las recuerda continuamente a todo lo largo de sus escritos.

Nuestro comentario tendrá tres partes bien caracterizadas. En la primera estudiaremos la virtud de la paciencia en sí misma. En la segunda expondremos su íntima relación con algunas virtudes afines. Y en la tercera veremos cómo, efectivamente, la paciencia todo lo alcanza[1].

I. La virtud de la paciencia

1. Noción

La paciencia es una virtud, derivada de la fortaleza, que *inclina a soportar sin tristeza de*

[1] Cfr nuestra *Teología de la perfección cristiana*, 5ª ed., BAC (Madrid 1968), nn. 437-440.

espíritu ni abatimiento de corazón los padecimientos físicos y morales.

Es una de las virtudes más necesarias en la vida cristiana, porque, siendo innumerables los trabajos y padecimientos que inevitablemente tenemos todos que sufrir en este valle de lágrimas, necesitamos la ayuda de esta gran virtud para mantenernos firmes en el camino del bien sin dejarnos abatir por el desaliento y la tristeza. Por no tener en cuenta la práctica de esta virtud, muchas almas pierden el mérito de sus trabajos y padecimientos, sufren muchísimo más al faltarles la conformidad con la voluntad de Dios y no dan un solo paso firme en el camino de su santificación.

«Mons. Escrivá de Balaguer habla de que «tozudez» –en un sentido positivo opuesto a lo que podría ser una obstinación terca– ha de acompañar a la paciencia, como apoyo humano firme en la conquista de la virtud[2]

«En las batallas del alma, la estrategia muchas veces es cuestión de tiempo, de aplicar el remedio conveniente, con paciencia, con tozudez. Aumentad los actos de esperanza. Os recuerdo que sufriréis derrotas, o que pasaréis por altibajos –Dios permita que sean imperceptibles– en vuestra vida interior, porque nadie anda libre de esos percances. Pero el Señor, que es omnipotente y misericordioso, nos ha concedido los medios idóneos para vencer. Basta que los empleemos, como os

[2] *Amigos de Dios*, n. 219, de la homilía «La esperanza del cristiano», 8-VI-1968.

comentaba antes, con la resolución de comenzar y recomenzar en cada momento, si fuera preciso».

Los principales *motivos* de la paciencia cristiana son los siguientes:

a) La conformidad con la voluntad amorosísima de Dios, que sabe mejor que nosotros lo que nos conviene, y por eso permite que vengan sobre nosotros tribulaciones y dolores.

b) El recuerdo de los padecimientos de Jesús y de María –modelos incomparables de paciencia– y el deseo sincero de imitarles.

c) La necesidad de reparar nuestros pecados por la voluntaria y virtuosa aceptación del sufrimiento, en compensación de los placeres ilícitos que nos hemos permitido al cometerlos.

d) La necesidad de cooperar con Cristo a la aplicación de los frutos de su redención a todas las almas, aportando nuestros dolores unidos a los suyos para completar lo que falta a su pasión, como dice el apóstol San Pablo (*Col* 1, 24).

e) La perspectiva soberana de la eternidad bienaventurada que nos aguarda si sabemos sufrir con paciencia. El sufrir pasa, pero el fruto de haber santificado el sufrimiento no pasará jamás.

2. Grados de perfección

En la práctica progresiva y cada vez más perfecta de la virtud de la paciencia pueden distinguirse los siguientes principales grados:

a) La resignación sin quejas ni impaciencia ante las cruces que el Señor permite que vengan sobre nosotros.

b) La paz y serenidad ante esas mismas penas, sin ese tinte de tristeza o melancolía que parece inseparable de la mera resignación.

c) La dulce aceptación, en la que empieza a manifestarse la alegría interior ante las cruces que Dios envía o permite para nuestro bien.

d) El goce completo, que lleva a darle gracias a Dios, porque se digna asociarnos al misterio redentor de la cruz.

e) La locura de la cruz, que prefiere el dolor al placer y pone todas sus delicias en el sufrimiento interior y exterior que nos configura con Jesucristo: «Cuanto a mí, no quiera Dios que me gloríe sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo» (*Ga* 6, 14); «O morir o padecer» (Santa Teresa); «Padecer, Señor, y ser despreciado por Vos» (San Juan de la Cruz); «He llegado a no poder sufrir, pues me es dulce todo padecimiento» (Santa Teresita).

3. Vicios opuestos

Contra la paciencia pueden señalarse dos vicios opuestos: uno por defecto, la *impaciencia,* que se manifiesta al exterior con ira, quejas, murmuraciones y otras cosas semejantes; y otro por exceso, la *insensibilidad o dureza de corazón,* que no por motivo virtuoso, sino por falta de sentido humano o social, no se in-

mora o tardanza de este bien. Saber sufrir esta tardanza, esto es en realidad la longanimidad. Por eso la llaman algunos *larga esperanza.* Es la virtud de los santos, siempre sufridos, siempre pacientes en todo. Grande y admirable virtud, que el apóstol San Pablo coloca entre los frutos del Espíritu Santo (*Ga* 5, 22).

2. La perseverancia

Es una *virtud que inclina a persistir en el ejercicio del bien a pesar de la molestia que su prolongación nos ocasione.* Se distingue de la longanimidad en que ésta se refiere más bien al *comienzo* de una obra virtuosa, o sea, a lanzarse intrépidamente a la conquista de un bien cuya consecución no se consumará del todo hasta pasado largo tiempo; mientras que la perseverancia se refiere a la *continuación* del camino ya emprendido, a pesar de los obstáculos y molestias que vayan surgiendo en él. Lanzarse a una empresa virtuosa de larga y difícil ejecución es propio de la longanimidad; permanecer inquebrantablemente en el camino emprendido un día y otro día, sin desfallecer jamás, es propio de la perseverancia.

Todas las virtudes necesitan la ayuda y complemento de la perseverancia, sin la cual ninguna podría ser perfecta ni siquiera mantenerse mucho tiempo. Porque, aunque todo hábito o virtud, por comparación al sujeto

Nuevo Testamento, en los que Dios manifiesta claramente su voluntad de atender nuestras justas peticiones cuando se las pedimos con humildad y con *paciente perseverancia,* a pesar de que su obtención se retrase mucho tiempo.

2. Por qué fracasan muchas de nuestras peticiones

Pues si esto es así, ¿cómo se explica que un gran número de nuestras peticiones fracasan y no son atendidas?

La contestación a esta pregunta es muy sencilla: porque pedimos mal, o porque nuestra oración no reúne las debidas condiciones para que sea atendida infaliblemente.

1° *Porque pedimos mal.* Con frecuencia al oír muchas de nuestras peticiones obligamos al Señor a repetir lo que les dijo a los imprudentes hijos de Zebedeo: «No sabéis lo que pedís» (*Mt* 20, 22). Nos empeñamos en pedir cosas que a nosotros nos parecen muy buenas y convenientes (v. gr., la salud corporal, el éxito en los negocios, etc.), pero que Dios en su providencia y sabiduría infinitas ve claramente que no nos convienen. Es difícil que un enfermo reconozca de buen grado que su enfermedad puede ser muy buena y conveniente para su santificación o incluso para su misma salvación eterna; pero Dios lo ve con toda cla-

ridad y por eso desatiende misericordiosamente la imprudente petición que se le hace.

Sin embargo, la oración nunca resulta inútil. Cuando pedimos a Dios una cosa que en realidad no nos conviene, Él la cambia en otra mejor. Si no le devuelve la salud al enfermo, quizá le conceda la perfecta resignación y conformidad con la voluntad divina, que es cosa harto mejor que la misma salud corporal.

2º *Porque nuestra oración no reúne las debidas condiciones para ser escuchada infaliblemente.* Santo Tomás señala en la *Suma Teológica* las condiciones para la eficacia *infalible* de la oración[3]:

> «Siempre se consigue lo que se pide, con tal que se den estas cuatro condiciones: pedir *para sí mismo, cosas necesarias para la salvación, piadosamente y con perseverancia*».

a) Que pida para sí mismo. La razón es porque la concesión de una gracia divina exige siempre un sujeto *dispuesto convenientemente a recibirla, y* el prójimo puede no estarlo. En cambio, el que pide algo para sí mismo ya se dispone de algún modo por el hecho de humillarse ante Dios.

Hay todavía otra razón. Cuando alguien pide una gracia para sí mismo, es evidente que *quiere* recibir esa gracia. En cambio, no podemos estar ciertos de que el prójimo *querrá recibir* la gracia que pedimos para él. Dios

---

[3] *Suma Teológica*, II-II, 83, 15 ad 2.

respeta la libertad del hombre, y no suele conceder sus gracias a quien no quiere recibirlas.

Lo cual no quiere decir que no pueda alcanzarse nada para el prójimo –lo que sería un gran error–, sino que no podemos tener la seguridad *infalible* de alcanzarlo, ya que no nos consta que el prójimo esté convenientemente dispuesto ante Dios para recibir esa gracia. Podemos, ciertamente, pedir a Dios que le *disponga* por un efecto de su misericordia infinita. Pero, si el prójimo se empeña obstinadamente en rechazar esa gracia, se quedará sin ella; y Dios utilizará nuestra oración para concedernos a nosotros o a otra persona la gracia que aquel insensato rechazó. Por eso la oración nunca jamás resulta inútil, en una forma o en otra.

b) Cosas necesarias para la salvación. Se comprende sin esfuerzo que tiene que ser así. Sería una desgracia y un verdadero castigo de Dios obtener de Él alguna cosa que pudiera ser obstáculo a nuestra salvación eterna, por muy halagüeña que de momento pudiera resultarnos en esta vida (por ejemplo, la salud corporal, riqueza, bienestar, etc.). Por donde se ve la insensatez de muchas oraciones que recaen exclusivamente sobre estas cosas temporales, sobre todo cuando se piden a Dios con demasiada insistencia y poca conformidad con su voluntad divina. El mayor castigo que podría caer sobre el que ora de manera tan inconveniente sería el que Dios escuchase su oración concediéndole lo que pide para su desventura.

c) Piadosamente. Esta condición puede

desdoblarse en varios elementos integrantes. Y así, para que la oración sea verdaderamente *piadosa,* es preciso que se haga con *humildad* (nada le podemos exigir a Dios), con *atención* (¿cómo queremos que Dios nos escuche si ni siquiera nos escuchamos nosotros cuando estamos voluntariamente distraídos?), con firme *confianza,* como nos enseña el Evangelio y el apóstol Santiago (*St* 1, 6) y *en nombre de nuestro Señor Jesucristo,* como Él nos lo mandó y hace siempre la Iglesia en todas sus oraciones litúrgicas.

Pero no se requiere, necesariamente, el *estado de gracia* en el que ora. Una cosa es el *mérito* sobrenatural de una obra (que requiere siempre el estado de gracia como condición indispensable) y otra muy distinta la *impetración* o demanda de una limosna. Esta última puede conseguirla también el pecador, ya que se funda en la pura *liberalidad y misericordia* de Dios y no en una exigencia de *justicia,* como el mérito sobrenatural. Si bien, como es cosa clara, el estado de gracia es convenientísimo para obtener de Dios lo que pedimos en la oración.

d) Con perseverancia. Lo inculcó repetidamente el Señor en el Evangelio. Recuérdense las parábolas del amigo importuno que pide tres panes (*Lc* 18, 1-13); la del juez inicuo que hace justicia a la viuda importuna (*Lc* 18, 1-5); el episodio emocionante de la cananea, que insiste a pesar de la aparente repulsa (*Mt* 15, 21-28), etc.; y, sobre todo, el ejemplo sublime del mismo Cristo: «Y pasó la noche

orando a Dios» (*Lc* 6, 12); y en Getsemaní «lleno de angustia oraba con mayor insistencia» (*Lc* 22, 44).

No sabemos cuántas veces querrá Dios que repitamos nuestra oración para obtener lo que pedimos. En todo caso, la dilación más o menos prolongada se ordena a nuestro mayor bien: para redoblar nuestra confianza en Él, nuestra fe, nuestra perseverancia, etc., etc. Pero tengamos la seguridad absoluta de que, si nuestra oración reúne las condiciones que acabamos de señalar, obtendrá *infaliblemente,* más pronto o más tarde, lo que en ella pedimos a Dios. De hecho, en la práctica obtenemos muchísimas cosas de Dios sin reunir todas estas condiciones por un efecto sobreabundante de la misericordia divina. Pero, reuniendo esas condiciones, obtendríamos siempre, infaliblemente –por la promesa divina y fidelidad de Dios a sus palabras–, incluso aquellas gracias que, como la perseverancia final, nadie absolutamente puede *merecer* sino solamente *impetrar.*

Está, pues, plenamente justificada la rotunda afirmación de Santa Teresa al decir que «la paciencia todo lo alcanza». Todo es cuestión de no desmayar en nuestros esfuerzos por alcanzar lo que deseamos; con tal, naturalmente, que nuestros deseos coincidan realmente con nuestro propio bien o el de nuestros prójimos y no se opongan en lo más mínimo a los designios de la divina Providencia llenos de amor y de misericordia.

Capítulo V

QUIEN A DIOS TIENE, NADA LE FALTA

Para dejar del todo claro y fuera de toda discusión que «quien a Dios tiene, nada le falta» es más que suficiente el siguiente clarísimo razonamiento:

En Dios subsisten, desde toda la eternidad, *elevadas al infinito,* todas las perfecciones y excelencias que se encuentran o pueden encontrarse en todas y cada una de las criaturas del Universo entero. En realidad, el Universo es *un museo de copias imperfectas:* el original perfectísimo de todo cuanto existe está en Dios. Por consiguiente, *quien posee a Dios posee, en realidad, todas las demás cosas, elevadas al infinito.* Por eso pudo escribir profundísimamente San Agustín: «Si además de poseer a Dios poseyeras todas las cosas creadas, no serías más rico por poseer todas las cosas creadas que si poseyeras únicamente a Dios».

Aunque el anterior razonamiento es del todo claro e indiscutible y deja por completo zanjada la cuestión, vamos a insistir un poco más para precisar con más detalle la profunda

verdad que encierran estas palabras: «Quien a Dios tiene, nada le falta».

I. La perfección infinita de Dios

El Doctor Angélico, Santo Tomás de Aquino, demuestra que Dios es infinitamente perfecto por el mero hecho de ser el primer Agente o Causa primera de todo cuanto existe; lo cual significa que contiene en sí, formal o virtualmente, las perfecciones de todas las criaturas del Universo (o sea, todo cuanto hay en ellas de bondad, belleza, amabilidad, etc., etcétera); y en cuanto que Dios es el mismo Ser subsistente y encierra en sí todo ser y, por lo mismo, toda perfección[1].

Para entender el verdadero sentido y alcance de este profundísimo razonamiento es preciso hacer algunas observaciones importantísimas[2].

1. Noción de perfección

La palabra *perfección* viene del verbo latino *perficere* (hacer hasta el fin, hacer completamente, terminar, acabar), de donde sale *perfectum* (perfecto, lo que está terminado,

---

[1] *Suma Teológica*, I, 4, 2.

[2] Cfr Royo Marín, *Dios y su obra*, BAC (Madrid 1963), nn. 52-58.

acabado) y *perfectio* (perfección, cualidad del perfecto). Una cosa se dice perfecta cuando tiene todo el ser, toda la realidad que le conviene según su naturaleza.

Un ser es tanto más perfecto cuanto menos tiene de *potencia y* más de *acto.* Porque la *potencia* es *capacidad* para adquirir alguna perfección, mientras que el *acto* consiste en la *posesión real* de esa misma perfección. Un estudiante está en *potencia* para aprender una determinada asignatura antes de haberla estudiado; y la posee ya en *acto* cuando logra dominarla después de estudiarla seriamente. De donde se deduce, ya sin más, que siendo Dios *Acto purísimo* sin sombra de potencia alguna, tiene que ser forzosamente perfectísimo; mientras que todos los seres creados –en los que hay mezcla de potencia y de acto– son esencialmente *perfectibles,* pero no absolutamente perfectos. Lo que les quede de potencia, eso les falta de perfección; y como nunca desaparecerá de ellos algún aspecto potencial, síguese que la perfección absoluta es imposible a los seres creados. Ella es patrimonio exclusivo de Dios, en el que todo es *Acto puro,* sin sombra ni vestigio de potencialidad alguna.

2. Diferentes modos de perfección

Como la perfección coincide con la realidad *actual,* habrá tantos modos de perfección

cuantas maneras distintas haya de estar en *acto.* Un ser puede estar en acto principalmente de tres maneras:

a) En cuanto al mismo ser cuando está totalmente terminado o desarrollado según su naturaleza (v. gr., la semilla convertida ya en árbol). De este modo no puede darse la perfección en Dios, porque en Él no cabe desarrollo o crecimiento alguno.

b) En cuanto a los accidentes cuando alcanza la perfección accidental que le conviene según su naturaleza y suelen tener los otros seres perfectos de su misma especie (v. gr., la conveniente estatura, salud, hermosura, etc.). Tampoco de este modo puede Dios ser perfecto, porque en Él no cabe *accidente* alguno, aunque sea perfecto en cualquier orden de cosas y posea *eminentemente* –como veremos– toda clase de perfecciones accidentales.

c) Absolutamente, en grado máximo, infinito, de suerte que sea imposible concebir una perfección mayor. Está es la perfección que corresponde a Dios y éste es el sentido que tiene cuando decimos, sin más, que Dios es infinitamente perfecto.

3. Diferentes clases de perfecciones

Según San Anselmo y todos los teólogos posteriores, hay que distinguir dos clases de

que no excluya en el sujeto, en su razón de ser, alguna perfección mayor o igual.

4. Distintos modos de poseer una perfección

De tres maneras puede encontrarse una perfección en un ser: formal, virtual y eminentemente.

a) Formalmente están contenidas en un ser cuando éste las posee *según su propio concepto expresado en la definición,* como la animalidad o la racionalidad en el hombre.

b) Virtualmente cuando existe o hay en el sujeto la *capacidad de producir esa perfección,* como la semilla contiene virtualmente la futura planta, y cualquier causa contiene virtualmente los efectos que puede producir.

c) Eminentemente cuando se posee una perfección *mayor* que suple con creces la perfección menor de la que se carece. Y así, por ejemplo, el ángel no es un ser *racional* (como el hombre) sino *intelectual,* que es más perfecto y vale mucho más (es mejor el conocimiento *intelectual* intuitivo que el *racional* discursivo).

Desde otro punto de vista, las perfecciones pueden también contenerse en un ser de dos maneras: a) *físicamente,* o sea, según su propia entidad (v. gr., como el alma en el hombre), y b) *intencionalmente,* o sea, por especies representativas (v. gr., como las cosas

conocidas están en el entendimiento del que las conoce).

5. Las perfecciones en Dios

Teniendo en cuenta todo cuanto acabamos de decir, veamos ahora de qué manera están en Dios las perfecciones de todos los seres creados:

a) Las perfecciones puras o *simples,* o sea, las que no envuelven en su concepto ninguna imperfección, están contenidas en Dios de una manera *formal eminente.* Quiere decir que Dios las posee tal como suenan, o sea, según su propio concepto expresado en la definición, pero de un modo superior y mucho más eminente que el que tienen en las criaturas, porque no tienen en Él ninguna limitación, sino que las posee en toda su plenitud infinita e identificadas con su propia esencia. Y así Dios no solamente posee, sino que *es* la misma *Vida,* la misma *Sabiduría,* la misma *Bondad,* la misma *Belleza,* la misma *Omnipotencia,* etc., etc.

b) Las perfecciones mixtas, o sea, las que envuelven en su concepto alguna imperfección, no las posee Dios de una manera *formal,* porque ello implicaría imperfección en Dios o carencia de una perfección mayor, lo cual es imposible en Él. Pero las posee de una manera *virtual* y *eminente,* o sea, en cuanto que Dios puede *producirlas* (continencia *virtual)* y

la vez en el arca como concepción del artífice y en el arca como obra ejecutada. El arca ya fabricada no tiene vida; pero como concepción tiene *vida* en el alma del artífice.

Lo mismo se puede decir de la Sabiduría de Dios, por la cual han sido hechas todas las cosas. Esta sabiduría contiene en sí la idea de todas las cosas antes de que sean creadas en la realidad; y por eso todo lo producido según estas ideas tiene *vida* en el Verbo de Dios, aunque en sí misma no la tenga. La tierra y el cielo, la luna y el sol que contemplamos con la vista, existen primero en su arquetipo y en Él son vida y fuera de Él son cuerpos sin alma».

2ª *Dios, más las criaturas todas, no son más que sólo Dios*

Quiere decir que, si añadimos al Ser de Dios la Creación Universal entera, no obtendremos un resultado mayor o más perfecto que el Ser único de Dios. Habrá más *seres,* pero no más *Ser.* La razón es porque al Ser infinito de Dios nada absolutamente se le puede añadir, ya que contiene en sí mismo de una manera *eminente* (formal o virtual) la perfección de todos los seres actuales o que puedan venir a la existencia por creación, o sea, sacándolos de la nada.

Un ejemplo aclarará estas ideas. La potestad de un príncipe o jefe de un Estado, junto con la de todos los magistrados inferiores, no es mayor que la del príncipe o jefe solo; porque la potestad de los magistrados depende y

se deriva íntegramente de la sola potestad del príncipe. De donde no hay *más potestad,* aunque haya más hombres que tienen potestad. Lo mismo que mil monedas metálicas no son más dinero que un solo billete de mil.

A este propósito escribe hermosamente San Agustín[4]:

«Tú, sin Dios, eres menos ser; y tú, en cambio, con Dios no aumentas en nada su Ser. Él no es más contigo, pero tú sin Él eres menos. Crece, pues, en Él; no te retires de Él como si perdiera algo sin ti. Te rehaces si te unes con Él y te deshaces si de Él te retiras. Él permanece intacto lo mismo contigo que sin ti».

3ª *Las criaturas son semejantes a Dios; pero no genérica ni específicamente, sino sólo analógicamente y con distancia infinita*

Aunque esta consecuencia se refiere de suyo a las criaturas, se relaciona también con la perfección de Dios, en cuanto que trasciende infinitamente cualquier clase de semejanza formal con los seres creados.

Para entenderla convenientemente hay que tener en cuenta que la semejanza no es otra cosa que *la conveniencia o conformidad de dos o más cosas en alguna forma o perfección.* Esta conveniencia puede ser mayor o menor según los diferentes modos de comunicación en la misma forma o perfección. Y así,

---

[4] SAN AGUSTÍN, *Ibid.,* 11, 5 (p. 319 en la ed. de la BAC).

fía, todo agente obra algo semejante a sí mismo. Por eso la forma del efecto se halla de alguna manera en la causa que lo produjo, aunque de otro modo y por otra razón. Pero como Dios es el primer Agente productor de todo cuanto existe, hay que concluir que en todas las cosas creadas hay una huella o semejanza de Dios. Por eso dice el mismo Dios en la Sagrada Escritura: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (*Gn* 1, 26).

2ª *Pero no genérica ni específicamente,* ya que Dios está por encima y trasciende infinitamente todos los géneros y especies creadas o creables. Es el Ser singularísimo, infinito, que no tiene ni puede tener ninguna semejanza genérica ni específica con nadie. En este sentido dice la Sagrada Escritura:

«¿Quién sobre las nubes semejante al Señor? ¿Quién semejante a Yavé entre los hijos de Dios?» (*Sal* 88, 7).

«¿A quién, pues, compararéis vuestro Dios, qué imagen haréis que se le asemeje?» (*Is* 40)

3ª *Sino sólo analógicamente y con distancia infinita,* en cuanto que todas las cosas creadas participan en mayor o menor grado de la razón analógica del *ser* (todas son *seres), cuyo* supremo analogado es el *Ser infinito,* que existe *por sí mismo,* mientras que todas las criaturas son seres *por participación.*

Como se ve, esta semejanza analógica es imperfectísima, de suerte que las cosas análogas son mucho más desemejantes que semejantes entre sí

(v. gr., el ángel, el hombre, el animal y la piedra coinciden en la razón analógica del *ser;* pero las desemejanzas entre ellos son mucho mayores que sus semejanzas). Esta desigualdad entre los seres análogos alcanza su máximo exponente cuando se comparan las criaturas con el Creador, por razón de la distancia *infinita* que existe entre ellos. Por eso el Concilio IV de Letrán declaró, contra los errores del abad Joaquín, que «no puede afirmarse tanta semejanza entre el Creador y la criatura que no haya de afirmarse una mayor desemejanza» (D 432).

En esta semejanza *analógica* entre Dios y las criaturas podemos distinguir tres grados fundamentales:

a) Las criaturas irracionales participan de la perfección divina únicamente en cuanto que tienen *ser,* o sea, en cuanto existen; y esta semejanza tan remota se llama *vestigio* o *huella,* como la que deja un pie al pisar la nieve; porque así como por el vestigio o huella del pie se puede rastrear, siquiera imperfectamente, al autor de esa huella, así por las criaturas se puede de algún modo rastrear al Creador. En este sentido, se dice que las criaturas irracionales son como la huella, el rastro, el vestigio del Creador: «Mil gracias derramando– pasó por estos sotos con presura– y yéndolos mirando– con sola su figura– vestidos los dejó de su hermosura» (San Juan de la Cruz).

b) Las criaturas racionales (ángeles y hombres), en cuanto dotados de *inteligencia* y *voluntad,* imitan y representan las perfecciones

de Dios de una manera más expresa y determinada, y por eso se llaman *imagen natural* de Dios.

c) Las almas en gracia (y los ángeles del cielo), en cuanto que están unidas a Dios mediante una participación *física* y *formal* de la misma naturaleza divina –que eso exactamente es la gracia–, le imitan de una manera muchísimo más perfecta, y por eso se llaman y son propiamente *imagen sobrenatural de Dios*. De donde se deduce que el estado y dignidad más alta a que puede elevarse una criatura consiste en la posesión de la gracia santificante, que constituye un tesoro en cierto modo infinito.

Nótese, sin embargo, que, aunque las criaturas sean semejantes a Dios en el sentido que acabamos de explicar, de ninguna manera se puede decir que Dios sea semejante a las criaturas. Escuchemos a Santo Tomás explicando la razón[5]:

«Si bien decimos que las criaturas son en cierto modo semejantes a Dios, de ninguna manera se ha de admitir que Dios sea semejante a la criatura, pues, como dice Dionisio, «hay semejanza mutua entre las cosas que son del mismo orden, pero no entre la causa y el efecto». Si, pues, decimos que el retrato es semejante al hombre retratado, pero no al revés, así también podemos decir que la criatura es semejante a Dios, pero no que Dios es semejante a la criatura».

---

[5] *Suma Teológica,* I, 4, 3 ad 4.

Capítulo VI

¡SOLO DIOS BASTA!

En realidad, estas últimas palabras de la famosa letrilla teresiana encierran la misma idea que acabamos de comentar. Porque si es verdad, como acabamos de ver, que «quien a Dios tiene, nada le falta», es evidente que «solo Dios basta». Es una nueva manera de expresar la misma idea con diferentes palabras.

Pero esta nueva fórmula nos da ocasión para poner de manifiesto, con nuevos detalles, que *sólo Dios, como fin último del hombre,* puede satisfacer enteramente la infinita sed de felicidad que devora el corazón humano, llenando con plenitud rebosante el inmenso vacío que las criaturas todas del universo son absolutamente incapaces de llenar. ¡Solo Dios basta y nada fuera de Él!

Para proceder ordenadamente y con la máxima claridad y precisión posibles, examinaremos por separado el fin *último y supremo de toda la Creación* y el *fin último y secundario*

del hombre, ambos perfectamente armonizados entre sí[1].

I. El fin último y supremo de la Creación Universal

Si queremos remontarnos hasta la fuente misma de donde brotan las cosas, es preciso plantear, ante todo, el problema de la finalidad misma de la Creación, o sea, qué es lo que Dios se ha propuesto al sacar de la nada todo cuanto existe. Porque es evidente que, si todo agente intelectual obra por un fin, Dios, que es la Inteligencia infinita y el Agente intelectual por excelencia, ha tenido que proponerse un fin al traer a la existencia a sus criaturas sacándolas de la nada por el acto creador omnipotente.

¿Cuál es la finalidad intentada por Dios con la creación del Universo? Vamos a precisarlo en forma de conclusiones:

1ª *El fin último y supremo de todas las criaturas es el mismo Dios*

Para dejarlo fuera de toda duda, basta considerar que Dios es el Ser infinito, la plenitud absoluta de toda Bondad y Perfección. Ahora bien: si Dios, al crear las cosas, se hubiera

[1] Cfr Royo Marín, *Teología moral para seglares,* vol. 1. 5ª ed., BAC (Madrid 1979), nn. 16-24.

propuesto un fin distinto de Sí mismo, habría subordinado su acción a ese fin, ya que todo agente subordina necesariamente su acción al fin que intenta con ella, como es del todo evidente. Pero, como la acción de Dios no se distingue del mismo Dios, ya que en Él son una misma cosa la esencia y la existencia, el ser y la operación, síguese que *Dios mismo se hubiera subordinado a ese fin distinto de Dios,* lo cual sería un gravísimo desorden y una gran inmoralidad, metafísicamente imposibles en Dios. El Ser infinito no puede subordinarse al ser finito; la Bondad suma no puede ponerse por debajo de la bondad limitada; la soberana Perfección no puede hacerse súbdita de la imperfección y caducidad de las criaturas. Es, pues, evidentísimo que la finalidad intentada por Dios al sacar todas las cosas de la nada tiene que ser forzosamente el mismo Dios[2].

De donde se deduce la gran dignidad y excelencia de las criaturas, que tienen por finalidad última y suprema nada menos que al mismo Dios, fuente y origen de toda bondad y perfección.

Pero cabe todavía preguntar: ¿en qué forma quiere ser Dios el fin último y supremo de todo cuanto existe? ¿Qué es lo que Dios se propuso concretamente al sacar todas las cosas de la nada? Vamos a verlo en una nueva conclusión:

---

[2] Cfr *Suma Teológica,* I, 44, 4.

2ª *El fin intentado por Dios con la creación universal fue su propia gloria extrínseca, o sea, la manifestación y comunicación a sus criaturas de su propia bondad infinita*

Que el mundo fue creado por Dios para su propia gloria es una verdad *de fe,* expresamente definida por la Iglesia. He aquí la solemne declaración dogmática del Concilio Vaticano I:

«Si alguno no confiesa que el mundo y todas las cosas que en él se contienen, espirituales y materiales, han sido producidas por Dios de la nada según toda su substancia; o dijere que Dios no creó por libre voluntad, sino con la misma necesidad con que se ama necesariamente a Sí mismo; o *negare que el mundo ha sido creado para gloria de Dios:* sea anatema» (D 1805).

La razón de esta finalidad es muy sencilla. Todas las criaturas creadas o creables no pueden añadirle intrínsecamente a Dios absolutamente nada, como quiera que es Él el Ser infinito, la plenitud absoluta del Ser, al que nada le falta ni le puede faltar. Por consiguiente, al sacar de la nada todo cuanto existe, Dios no busca en sus criaturas algo que no tenga ya, sino únicamente desbordar sobre ellas su bondad y perfecciones infinitas. En esto consiste precisamente la *gloria extrínseca de Dios,* que llena de admiración a las criaturas y arranca de ellas, en una forma o en otra, el grandioso himno de la gloria y alabanza de Dios que sube hasta el cielo continuamente desde todos los confines de la creación.

Esa suprema glorificación de Dios constituye el fin último y absoluto de todas las criaturas, principalmente de las inteligentes (el ángel y el hombre). Y en esa glorificación, *prestada voluntariamente y por amor,* encuentran precisamente su *suprema felicidad,* que es, como veremos en seguida, el fin último secundario de las criaturas racionales.

Por donde aparece claro que Dios, al intentar su propia gloria en las criaturas, no solamente no realiza un acto de «egoísmo trascendental» –como se atrevió a decir con blasfema ignorancia un filósofo impío–, sino que constituye el colmo de la generosidad, desinterés y largueza. Porque no busca con ello su propia utilidad –ya que nada absolutamente pueden añadir las criaturas a su felicidad y perfecciones infinitas–, sino únicamente comunicarles su bondad. Dios ha sabido organizar de tal manera las cosas, que las criaturas encuentran su plena felicidad precisamente glorificando a Dios. Por eso dice Santo Tomás que sólo Dios es infinitamente liberal y generoso: no obra por *indigencia,* como buscando algo que necesitara, sino únicamente por *bondad,* para comunicarla a sus criaturas[3].

3ª *Todas las criaturas deben glorificar a Dios, cada una a su manera*

Es evidente que todas las criaturas están obligadas a glorificar a Dios, puesto que ésta es su suprema y última finalidad. Pero cada

[3] *Suma Teológica,* I, 44, 4 ad 1; cfr 19, 2 ad 3.

una debe hacerlo a su manera, o sea, según las exigencias de su propia naturaleza, ya que no todas pueden glorificarle de igual modo y en idéntico sentido. Y así:

a) Las criaturas irracionales glorifican a Dios revelando algo de su infinita grandeza y hermosura, de la que ellas mismas son una huella lejana y un remoto vestigio. No pueden glorificar a Dios con su propia adoración y alabanza, pero pueden impulsar al hombre a que le glorifique y ame por ellas. Porque, así como una espléndida obra de arte está glorificando al artista que la hizo, en cuanto que excita la admiración hacia él de todos cuantos la contemplan, así la belleza inmarcesible de la Creación material –minerales, plantas, animales, estrellas del firmamento, etcétera– está cantando la gloria de Dios, en cuanto que impulsa a los seres racionales a que le glorifiquen y amen con todas sus fuerzas. En este sentido dice el salmo que *los cielos cantan la gloria de Dios* (*Sal* 18, 1), y los grandes místicos (San Francisco de Asís, San Juan de la Cruz, etc.) se extasiaban ante la belleza de una puesta de sol o la contemplación del cielo tachonado de estrellas, en las que descubrían un rastro y vestigio de la hermosura del Creador.

b) Las criaturas inteligentes (el ángel y el hombre) son los encargados de glorificar a Dios en el sentido propio y formal de la palabra, esto es, *reconociéndole, amándole y sirviéndole.* Al hombre principalmente, com-

puesto de espíritu y materia, le corresponde recoger el clamor entero de toda la Creación, que suspira por la gloria de Dios (*Rm* 8, 18-23), y ofrecérselo al Creador como un himno grandioso en unión de su propia adoración. Corresponde al hombre asumir la representación de todas las criaturas irracionales y rendir homenaje al Creador y supremo Señor de todas ellas por una especie de mediación *sacerdotal* que exprese ante Él la admiración y alabanza de todas las criaturas. Este oficio grandioso eleva al hombre a una dignidad increíble, ante la que palidecen y se esfuman todas las grandezas de la tierra. Por él todas las criaturas inferiores glorifican y alaban a Dios, como se expresa repetidas veces en multitud de himnos directamente inspirados por el Espíritu Santo[4].

II. El fin último y absoluto del hombre

Vamos a establecerlo en una nueva clarísima conclusión:

El hombre tiene obligación de proponerse, como fin último y absoluto de su vida, la glorificación de Dios; de suerte que comete un grave desorden cuando intenta otra suprema finalidad contraria o distinta de ésta.

---

[4] Cfr, entre otros muchos, los *Salmos* 18, 28, 32, 65, 95, 97, 102, 148, etc., y el maravilloso canto de los tres jóvenes en el horno de Babilonia (*Dn* 3, 52-90).

pérdida del verdadero fin último y el reato de pena eterna. El pecado mortal es el infierno en potencia. Entre ambos no existe de por medio más que el hilo de la vida, que es la cosa más frágil y quebradiza del mundo.

Nadie puede, por consiguiente, renunciar a la glorificación voluntaria de Dios. Dios ha querido que el hombre encuentre su plena felicidad glorificándole a Él. Nadie tiene derecho a quejarse de Dios o a rebelarse contra Él por haber querido hacernos felices. Él que renuncia a glorificarle *voluntariamente y por amor,* renuncia por lo mismo a ser feliz. Y como Dios no puede perder su gloria por el capricho y la rebelión de su criatura, ese desdichado pecador que, con increíble insensatez y locura, renuncia a glorificar su bondad infinita en el cielo, tendrá que glorificar su infinita justicia en los rigores del castigo eterno. La felicidad eterna es nuestra vocación, y nadie puede renunciar a ella sin cometer un crimen.

III. El fin secundario y relativo del hombre

Hasta aquí hemos estudiado el fin último, supremo y absoluto del hombre, que es la glorificación de Dios. Vamos a ver ahora cómo, al lado de este fin último *primario y absoluto,* hay otro fin último *secundario y relativo,* perfectamente compatible y maravillosamente armonizado con aquél. Vamos a precisarlo en una nueva conclusión:

tiene un fin último puramente *natural*, sino trascendente y sobrenatural; y, por consiguiente, sólo en este orden sobrenatural y a base de la gracia divina y de los demás medios sobrenaturales que Dios pone a su disposición, podrá el hombre llegar a su último fin *relativo*, que es su propia felicidad sobrenatural en la visión eterna.

Es un hecho indiscutible que todos los hombres del mundo, sin excepción, tienden natural, necesaria e irresistiblemente a su propia felicidad. Nadie renuncia ni puede renunciar a ser feliz. En lo que no concuerdan los hombres es en el objeto que constituye su verdadera felicidad. Unos la buscan en Dios, otros en las riquezas, otros en los placeres, otros en la gloria terrena o en otras diversas cosas. Pero todos coinciden unánimemente y sin ninguna excepción en buscar la *felicidad* como blanco y fin de todos sus anhelos y esperanzas. La monja de clausura que se encierra para siempre entre cuatro paredes, el misionero que se lanza a la conquista de las almas en medio de increíbles privaciones, etc., etc., buscan, en última instancia, su salvación y felicidad eterna. Y los que se entregan al pecado, apartándose de Dios, buscan también su propia felicidad, que creen encontrarla, con tremenda equivocación, en los objetos mismos del pecado. Nadie obra ni puede obrar deliberadamente en contra de su propia felicidad[6].

---

[6] Cfr *Suma Teológica*, I-II, 7 c. y ad 1, 2 et 3.

IV. La felicidad o bienaventuranza del hombre

Veamos ahora en dónde se encuentra y en qué consiste la verdadera felicidad del hombre y, por consiguiente, su verdadero y último fin. Examinaremos por separado la bienaventuranza *objetiva* y la *subjetiva*.

1. La bienaventuranza objetiva del hombre

1. *Noción.* La felicidad objetiva no es otra cosa que el *objeto beatificante,* o sea, aquel que llene por completo las aspiraciones del corazón humano, proporcionándole la felicidad perfecta y plenamente saciativa. Es –como dice Santo Tomás– «el bien perfecto que excluye todo mal y llena todos los deseos»[7]. Vamos a investigar cuál es y dónde se encuentra.

2. *Opiniones.* Acaso en ninguna otra cuestión filosófica haya tanta variedad de opiniones como en torno al objeto en que haya de colocarse la felicidad o bienaventuranza del hombre: se citan más de 280. Pero todas ellas pueden agruparse –como hace el Doctor Angélico– en unas cuantas categorías de bienes, de acuerdo con el siguiente esquema[8]:

[7] Cfr *Suma Teológica,* I-II, 5, 3.
[8] Cfr *Suma Teológica,* I-II, 2, 1-8; 3, 1.

a) Bienes creados externos:	riquezas, honores, fama, gloria y poder.
b) Bienes creados internos:	Del cuerpo: salud, belleza, fuerza, placeres. Del alma: ciencia y virtud.
c) Bien increado e infinito:	Dios.

3. *Condiciones que exige.* El objeto que aspire a constituir la felicidad o bienaventuranza objetiva del hombre ha de reunir, al menos, las siguientes cuatro condiciones:

a) Que sea el supremo bien apetecible, de suerte que no se ordene a ningún otro bien más alto.

b) Que excluya en absoluto todo mal, de cualquier naturaleza que sea.

c) Que llene por completo, de manera enteramente saciativa, todas las aspiraciones del corazón humano.

d) Que sea inadmisible, es decir, que no se le pueda perder una vez conseguido.

Es evidente que, si falla alguna de estas cuatro condiciones, el hombre no podría ser plena y absolutamente feliz. Sin la primera, aspiraría siempre a ese otro bien más alto y estaría inquieto hasta conseguirlo. Y sin las otras tres, tampoco podría alcanzar la perfecta felicidad, ya por los males adjuntos, o por las zonas insatisfechas de su propio corazón, o por la tristeza inevitable que le produciría el pensamiento de que su dicha y felicidad tendrían que acabar algún día.

4. *Doctrina verdadera.* Vamos a ver cómo la

suprema felicidad del hombre no puede encontrarse en ninguno de los bienes creados o finitos, ya sea considerados aisladamente uno por uno, ya colectivamente y en su conjunto; y cómo se encuentra única y exclusivamente en la posesión y goce fruitivo de Dios. Dada la amplitud de la materia, nos limitaremos a un brevísimo resumen en tres importantes conclusiones.

1ª *La suprema felicidad del hombre no puede encontrarse en ninguno de los bienes creados externos o internos considerados aisladamente uno por uno*

Para poner fuera de toda duda esta conclusión, basta evidenciar que ninguno de esos bienes creados reúne las condiciones que hemos señalado más arriba para la bienaventuranza objetiva. He aquí las pruebas:

a) Bienes creados externos

1º *Riquezas. a)* No se buscan por sí mismas, sino en orden a otras cosas que se pueden adquirir con ellas. En sí mismas no tienen valor alguno.

b) No excluyen todos los males, ni muchísimo menos. ¡Cuántos ricos enfermos, desgraciados en su familia, matrimonio, etc., etc.!

c) No llenan por completo el corazón. Al contrario, fomentan la avaricia, la ambición, el deseo de acumular más y más. Con frecuen-

cia los más ricos son los más inquietos por no serlo más.

d) Pueden fácilmente perderse por cualquier revés de fortuna. Y, en todo caso, todo se estrellará dentro de poco contra la losa del sepulcro.

Fallan, pues, en absoluto, las cuatro condiciones que se requieren para la perfecta felicidad. El dinero no basta para ser feliz; ni siquiera se requiere como condición indispensable.

2° *Honores, fama, gloria y poder. a)* Son bienes inestables. Dependen con frecuencia no del verdadero mérito, sino del capricho de los hombres. Hoy, primera figura internacional; mañana, sepultado en el olvido. ¿Quién se acuerda hoy de los nombres que llenaban los periódicos hace un siglo?

b) Todos ellos son bienes *extrínsecos* e inferiores al hombre, y no pueden, por lo mismo, constituir la nota esencial de su interna felicidad.

c) No reúnen ninguna de las condiciones requeridas para la felicidad o bienaventuranza: no son el bien supremo, ni excluyen todos los males, ni llenan por completo el corazón humano, ni son imperecederos.

b) Bienes creados internos

1° *Del cuerpo*. Salud, belleza, fuerza, etc. No pueden constituir por sí mismos la felicidad del hombre, porque no cumplen tampoco ninguna de las condiciones exigidas para ello.

No son el bien supremo –el cuerpo es la parte inferior del hombre, subordinada al alma–, ni excluyen todos los males, ni sacian plenamente el corazón del hombre y son, finalmente, caducos y perecederos: la salud se pierde fácilmente, la belleza es flor de un día, la fuerza disminuye paulatinamente, y así todos los demás bienes corporales.

2º *Placeres sensuales.* Son propios del *cuerpo animal,* o sea, del cuerpo animado o vivificado por un alma *sensitiva,* a diferencia de los minerales y de las plantas, que son cuerpos inanimados o que poseen sólo alma puramente *vegetativa.*

Es imposible que en ellos consista la suprema felicidad del hombre, porque:

a) Son *medios* para facilitar las funciones animales que se relacionan con la conservación del individuo (comer, beber) o de la especie (venéreos). Pero la suprema felicidad del hombre no es un *medio,* sino el *fin último* al que nos encaminamos. Hay un abismo entre ambas cosas.

b) Los bienes del cuerpo pertenecen a la parte inferior del hombre formado de alma y cuerpo. Luego el *hombre* no puede encontrar su plena felicidad en ningún bien que pertenezca sólo al cuerpo.

c) No excluyen todos los males. Al contrario, son con frecuencia causa de grandes crímenes pasionales y de repugnantes enfermedades.

d) No satisfacen plenamente la sed de feli-

cidad del corazón humano. La experiencia demuestra con toda claridad y evidencia que los que se entregan con desenfreno a los placeres sensuales jamás están satisfechos; siempre aspiran a más y nunca se sienten felices y dichosos.

e) Son bienes caducos y perecederos, que acabarán en breve con la muerte del cuerpo.

3º *Espirituales.* Son principalmente dos: la *ciencia* y la *virtud.* La primera afecta a la inteligencia; la segunda, principalmente, a la voluntad. Y aunque son bienes mucho más nobles y elevados que todos los anteriores, tampoco en ellos puede consistir la felicidad perfecta y plenamente saciativa del hombre:

No en la ciencia: a) Porque no es el bien supremo, ya que afecta tan sólo a una de las potencias del alma –la inteligencia– y está llena de oscuridades y misterios que dejan insatisfecha la misma facultad intelectiva.

b) No excluye todo mal, ya que va unida muchas veces a grandes tribulaciones y fracasos y es compatible con un sinnúmero de desventuras y desgracias, como se ve en la vida de los sabios.

c) No llena plenamente el corazón del sabio, que cada vez se siente más insatisfecho, hasta tener que exclamar como Sócrates: «Sólo sé que nada sé».

d) No es permanente ni estable: puede perderse o disminuirse por una enfermedad mental, y se desvanecerá muy pronto con la muerte.

No en la virtud. a) Porque nunca puede ser del todo perfecta en este mundo. Siempre le faltará algo y, por lo mismo, no puede consistir en ella el bien supremo.

b) No excluye todos los males, ya que está llena de dificultades y tiene que luchar sin descanso contra las rebeliones de las pasiones desordenadas.

c) No llena del todo el corazón humano, que aspira sin cesar al Bien infinito y plenamente saciativo.

d) No es del todo segura y estable, ya que puede perderse fácilmente por el ímpetu de las pasiones o las dificultades de la vida.

Sin embargo, en la práctica intensa de la virtud se encuentra la única y verdadera *felicidad relativa* que puede alcanzarse en este mundo, como se comprueba en las vidas de los santos que, a imitación de San Pablo, *rebosaban de gozo en medio de todas sus tribulaciones* (*2 Co* 7, 4).

2ª *La suprema felicidad del hombre no puede encontrarse tampoco en todo el conjunto de los bienes creados colectivamente considerados*

La demostración es clarísima: *no es posible* la posesión conjunta de todos esos bienes, y *no sería suficiente* aunque pudieran poseerse todos.

a) No es posible poseerlos todos, como es obvio y enseña claramente la experiencia universal. Nadie posee ni ha poseído jamás a la vez todos los bienes *externos* (riquezas, hono-

a) Dios es el Bien supremo e infinito, que no se ordena ni puede ordenarse a otro bien más alto, puesto que este bien más alto no existe ni puede existir. Luego Dios es el supremo Bien apetecible.

b) Excluye en absoluto toda clase de males, de cualquier naturaleza que sean, ya que son incompatibles con la plenitud absoluta del Ser, que constituye la esencia misma de Dios.

c) Por consiguiente, su perfecta posesión y goce fruitivo tiene que llenar forzosamente todas las aspiraciones del corazón humano, anegándolas con plenitud rebosante en un océano de felicidad.

d) Finalmente, sabemos de manera *infalible,* por la fe católica, que una vez poseído por la visión y gozo beatíficos, no se le puede perder jamás: la bienaventuranza del cielo es eterna, y los bienaventurados son absoluta e intrínsecamente impecables.

Queda, pues, fuera de toda duda que sólo Dios es el Objeto infinito que constituye la bienaventuranza *objetiva* del hombre. Y, por lo mismo, la profunda verdad que encierra la última sentencia de la famosa letrilla teresiana: «¡Solo Dios basta!».

2. La bienaventuranza subjetiva del hombre

Precisado ya cuál es el objeto que constituye la bienaventuranza *objetiva* o material

del hombre, veamos ahora brevemente en qué consiste la bienaventuranza *subjetiva* o formal.

La bienaventuranza *subjetiva o formal* es la posesión y disfrute del objeto beatificante. Con relación a nosotros, poco importaría que Dios fuera el Objeto beatificante (bienaventuranza objetiva) si el hombre no pudiera llegar a poseerlo y gozarlo en sí mismo (bienaventuranza subjetiva). Vamos a precisarlo en una nueva conclusión:

La bienaventuranza subjetiva o formal del hombre consiste en la visión, amor y goce fruitivo de Dios poseído eternamente en el cielo.

La demostración es también clarísima. Como acabamos de decir, la bienaventuranza *subjetiva y formal* consiste en la posesión y goce del objeto que constituye la bienaventuranza objetiva, o sea, en nuestra unión consciente y goce fruitivo del supremo objeto beatificante. Pero este supremo objeto beatificante es el mismo Dios, como acabamos de demostrar. Luego...

Es de saber que, como explica Santo Tomás, la esencia *metafísica* de la bienaventuranza (o sea, el acto primero y principal que nos pone en posesión de Dios) se salva con la sola *visión beatífica,* que unirá nuestro entendimiento directa e inmediatamente con la misma divina esencia sin intermedio de cria-

tura alguna, ni siquiera de una especie inteligible. Pero para la esencia *física e integral* de la bienaventuranza se requieren también, necesariamente, el *amor beatífico* –que unirá entrañablemente nuestra voluntad a la divina esencia, quedando totalmente empapada de divinidad– y el *goce beatífico,* que redundará, con plenitud rebosante y embriagadora, de la visión y del amor beatíficos. El hombre habrá llegado con ello a su última perfección y fin sobrenatural, y verá satisfechas para siempre las inmensas aspiraciones de su propio corazón y su sed inextinguible de felicidad.

A esta suprema beatitud del alma, que constituye la gloria *esencial* del alma, hay que añadir, después de la resurrección de la carne, la *gloria del cuerpo,* que será un complemento *accidental,* maravilloso, con relación a la bienaventuranza del alma; pero que se requiere indispensablemente para la plena y total felicidad del *hombre,* compuesto de alma y cuerpo. Además de los goces inefables que experimentarán cada uno de nuestros sentidos corporales, el cuerpo glorioso estará adornado de las cuatro cualidades cuya existencia nos sugiere la propia Sagrada Escritura: *claridad, agilidad, sutileza* e *impasibilidad.* Hemos hablado largamente de todo esto en otra de nuestras obras[12].

Consecuencias. De la doctrina que acaba-

---

[12] Cfr ROYO MARÍN, *Teología de la salvación,* 3ª ed., Madrid 1965, p 3ª, c. 7, *El cielo.*

aunque haya entre ellos una distinción de razón. La suprema glorificación de Dios coincide plenamente con la suprema felicidad del hombre. Es admirable la sabiduría infinita que brilla en los planes amorosos de la divina Providencia.

V. Cuestiones complementarias

Vamos a terminar este comentario a las últimas palabras de la letrilla teresiana con dos consideraciones prácticas de gran importancia: el objetivo final o razón de ser de la vida del hombre sobre la tierra, y la manera de orientar nuestra vida en torno a esa suprema finalidad.

1. El objetivo final de la vida humana

De las conclusiones que acabamos de establecer se deduce con toda claridad y evidencia que la vida del hombre sobre la tierra no tiene sino una sola finalidad suprema: prepararse para la felicidad eterna y exhaustiva en la clara visión y goce fruitivo de Dios. La vida terrena no es otra cosa que una especie de «entrenamiento para la eternidad». No hemos nacido para otra cosa, ni nuestra vida en la tierra tiene otra razón de ser que alcanzar la vida y felicidad eternas. *No tenemos aquí ciu-*

dad permanente, antes buscamos la futura, (*Hb* 9, 14), leemos en la Sagrada Escritura.

De esta suprema finalidad y soberana perspectiva que el hombre tiene a la vista, se deduce un corolario inevitable y al parecer contradictorio. Y es que la vida terrena es la cosa más baladí y despreciable y, a la vez, la más importante y trascendental que puede caber en la mente humana. En sí misma es la cosa más baladí y despreciable; importa muy poco ser feliz o desgraciado, estar sano o enfermo, morir joven o en plena decrepitud y vejez. Al cabo, todo ha de acabar en setenta u ochenta años *(Sal* 89, 10) que son menos que un relámpago en parangón con la eternidad: «El número de los días del hombre– dice el sagrado libro del Eclesiástico–, a más tirar, son cien años: como una gota de agua en el mar, como un grano de arena, así son sus pocos años a la luz del día de la eternidad» (*Si* 18, 8).

Pero, por otra parte, y precisamente por relación a esa eternidad a la que nos encaminamos, esta breve existencia sobre la tierra cobra importancia decisiva y valor trascendental. En cierto sentido, esta vida es más importante que la otra, pues la otra depende de ésta y no al revés.

Toda la preocupación del hombre ha de centrarse, pues, en asegurar, con todos los medios a su alcance, su dicha y felicidad eterna. Si, salvando por encima de todo este objetivo fundamental, puede, a la vez, conseguir un relativo bienestar y felicidad terrena

compatible con aquel supremo fin, está muy bien que lo procure y goce, con hacimiento de gracias a Dios; pero siempre con la mirada en las alturas y sin concederle demasiada importancia a esa felicidad terrena que está llamada a desaparecer muy pronto entre las sombras de la muerte. San Ignacio de Loyola recogió con gran acierto esta idea fundamental en la primera página de sus *Ejercicios espirituales*, dándonos, a la vez, la norma simplificadora de nuestra conducta sobre la tierra[13].

«El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima; y las otras criaturas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre y para que le ayuden en la persecución del fin para el que es criado. De donde se sigue que el hombre tanto ha de usar de ellas cuanto le ayuden para su fin, y tanto debe quitarse de ellas, cuanto para ello le impidan. Por lo cual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas creadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío, y no le está prohibido; en tal manera que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y, por consiguiente, en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos creados.»

---

[13] SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, n. 23. *Principio y fundamento*. Obras completas, BAC (Madrid 1952), pp. 161-162.

2. Modo de alcanzar la vida eterna

Puesto que la vida y felicidad eternas constituyen el último fin relativo del hombre, nada interesa tanto como saber lo que tenemos que hacer para alcanzarla. Por fortuna tenemos una norma divina e infalible, como dada por el mismo Cristo. He aquí la escena evangélica que recoge la suprema consigna del Hombre-Dios:

«Acercóse uno y le dijo: Maestro, ¿qué de bueno haré yo para alcanzar la vida eterna?

Él le dijo: ¿Por qué me preguntas sobre lo bueno? Uno solo es el Bueno. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.

Díjole él: ¿Cuáles?

Jesús respondió: No matarás, no cometerás adulterio, no hurtarás, no levantarás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre y ama al prójimo como a ti mismo» (*Mt* 19, 16-19).

La consecución de la vida eterna está, pues, vinculada a la guarda de los divinos mandamientos. Para hacérsela posible al hombre, Dios le ha provisto en abundancia de toda clase de medios: unos *internos,* como la gracia santificante, las virtudes infusas, los dones del Espíritu Santo y las divinas mociones (gracias actuales), que ilustran su entendimiento y mueven su voluntad para la práctica del bien; y otros *externos,* entre los que destaca la Iglesia católica, fundada precisamente por Jesucristo, Redentor del género humano, para llevar al hombre a su felicidad eterna

mediante la vida sobrenatural que le comunican los sacramentos y las verdades de la fe bajo el control y guía de la misma Iglesia, maestra infalible de la verdad.

ÍNDICE